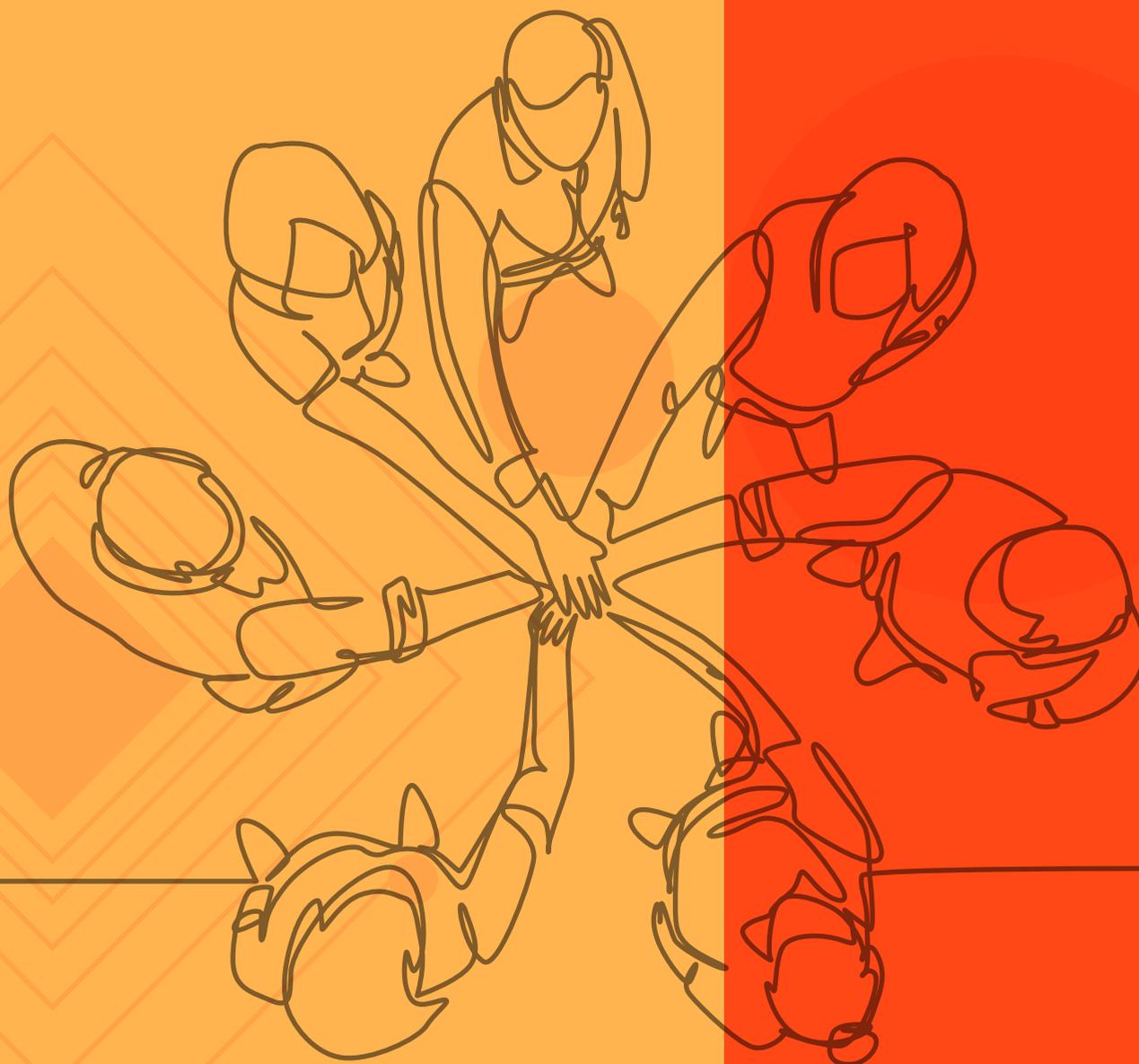


IMAGINARIOS Y RASGOS DE LAS CULTURAS JUVENILES EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE



AUTORIDADES

CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO Y CARIBEÑO

Presidente

Mons. Miguel Cabrejos

Secretario General

Mons. Jorge Eduardo Lozano

Secretario General Adjunto

Pbro. Pedro Brassesco

Director Centro de Gestión del Conocimiento

Guillermo Sandoval

Coordinador del Observatorio Socio Antropológico Pastoral

Agustín Salvia

CONTRAPARTE RESPONSABLE DEL DOCUMENTO DE TRABAJO

Autor/es

Jorge Blake

Reflexión teológico pastoral:

Ariel Fresia

ÍNDICE

Prólogo	5
1. Introducción	8
1.1. Salir al encuentro de los jóvenes.....	9
1.2. Cambiando el paradigma eclesial sobre las juventudes.....	10
2. Desarrollo	14
2.1. La investigación de las culturas juveniles dentro del estudio de la cultura.....	15
2.2. La juventud como construcción sociocultural.....	16
2.3. Cambio generacional y epocal: lucha por la identidad juvenil.....	17
2.4. Imaginarios en torno a las culturas juveniles en América Latina y el Caribe.....	19
2.5. Rasgos de las culturas juveniles en América Latina y el Caribe.....	22
2.5.1. Panorama general y rasgos sociodemográficos.....	24
2.5.2. Rasgos sociales de las juventudes.....	25
3. Reflexiones finales	40
3.1. De la crisis de la transmisión cultural al diálogo intergeneracional.....	42
4. Reflexión teológico pastoral	46
Entre la desigualdad y la exclusión, una iglesia joven para los jóvenes.....	47
Pluralidad, multiplicidad, diversidad.....	47
Una iglesia joven para los jóvenes.....	48
Jóvenes y formas de la expresión de la fe.....	50
5. Referencias bibliográficas	54

Prólogo

Tengo el agrado de poner en sus manos el documento “Imaginarios y rasgos de las culturas juveniles en América Latina y el Caribe”. Sin duda, será muy útil incluso más allá de la tarea evangelizadora de obispos y de quienes sirven en las distintas pastorales juveniles de América Latina y el Caribe.

Uno de los más grandes desafíos hoy, para una Iglesia en salida al encuentro con los jóvenes, es reconocer la enorme diversidad de las actuales culturas juveniles y entrar en un diálogo profundo con sus realidades, a veces distantes de lo que la misma Iglesia propone.

Esto genera, necesariamente, sostener una reflexión permanente y bien informada acerca de las dinámicas de transformación de las realidades juveniles, así como cultivar una presencia pastoral lo más amplia, inclusiva, dialogante y empática posible, no solo para los jóvenes, sino con ellos y desde ellos.

En particular, es fundamental reconocer las diversas formas de exclusión y desigualdad que afectan a las juventudes de América Latina y el Caribe, así también como su rol clave en la transformación de la política, la economía y la sociedad a través de la movilización social, el uso de nuevas tecnologías y la renovación de la cultura. Nuestra mirada creyente nos interpela a discernir los signos de los tiempos en cada uno de estos fenómenos, descubriendo aquello que Dios quiere comunicarnos a través de los anhelos, búsquedas y luchas juveniles en el mundo actual.

Por ello, el trabajo realizado por Jorge Blake nos hace tanto bien. Su objetivo es sensibilizar respecto del tema en cuestión. Habrá mucho camino por recorrer. Esperamos continuar profundizando, con un interés tal que nos permita establecer una comunicación respetuosa, entender las diferentes inquietudes que afligen a los jóvenes a quienes deseamos acercarnos para acompañar.

En este mismo sentido, el comentario de Ariel Fresia, agrega una dimensión que nos ayuda, desde la reflexión y la experiencia, a comprender el fenómeno juvenil en clave pastoral. Tenemos la certeza del amor de Jesús por ellos; la Iglesia quiere renovar la opción preferencial por ellos.

Esperamos que este camino abierto, nos permita una mejor comunicación, comprensión y acogida a los asuntos que son prioritarios para los jóvenes y en especial los más vulnerables.

*P. O. Jorge Eduardo Lozano
Arzobispo de San Juan de Cuyo, Argentina
Secretario General del CELAM*

Introducción



Los jóvenes ocupan un lugar especial en la misión de la Iglesia. Por ello, la Iglesia necesita sostener una reflexión permanente sobre las juventudes y sus culturas. Sin embargo, las culturas juveniles conforman un fenómeno vasto y complejo. El cultivo, por tanto, de una relación profunda de acompañamiento y colaboración eclesial con los jóvenes demanda una reflexión permanente, amplia y bien informada acerca de lo juvenil en toda su multiplicidad. El presente artículo, encargado por el Centro de Gestión del Conocimiento del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), consta de una investigación bibliográfica cuyo propósito es contribuir a esta desafiante tarea reflexiva, desarrollando una mirada global de las juventudes en América Latina y el Caribe. El artículo se sirve de literatura teórica y empírica para esbozar un panorama general acerca de la realidad juvenil en la región. El texto arranca revisitando brevemente las desafiantes orientaciones pastorales ofrecidas por la exhortación apostólica *Christus Vivit* respecto de la relación jóvenes-Iglesia. Posteriormente se adentra de manera progresiva en las culturas juveniles, indagando en su construcción sociocultural, imaginarios y rasgos distintivos. Finalmente, se ofrecen, a modo de conclusión, algunas reflexiones sobre la importancia del diálogo intergeneracional como espacio de encuentro con los jóvenes. A través de todo el análisis, se busca aportar al discernimiento de nuevas maneras de encuentro y colaboración con las y los jóvenes. Este esfuerzo responde al mismo tiempo a la necesidad urgente que reconocemos como Iglesia de salir al encuentro de las juventudes, no desde la doctrina, sino a través de un diálogo profundo que sea capaz de valorar sus propias vivencias y contextos.

1.1 Salir al encuentro de los jóvenes

Al volver a poner la mirada sobre las diversas juventudes de nuestra región, resulta iluminador tener a la vista las orientaciones pastorales de *Christus Vivit*. Esta exhortación apostólica se dio a conocer en marzo de 2019. La carta se basa en el “Documento Final” del XVIII Sínodo de los Obispos celebrado en Roma en octubre de 2018. Este encuentro fue convocado por el Papa para tratar el tema ‘Juventud, Fe y Discernimiento Vocacional’. El proceso participativo previo al Sínodo incluyó una inédita consulta masiva a jóvenes creyentes y no creyentes a lo largo del mundo y la celebración de una reunión presinodal en Roma a la que tam-

bién fueron convocados jóvenes de todas las naciones. Este enfoque participativo se adoptó bajo la convicción de que era necesario celebrar un Sínodo no solo “sobre los jóvenes”, sino que “con los jóvenes”.

Al revisar *Christus Vivit* tres años después, no deja de sorprender la lucidez, profundidad y radicalidad de las conclusiones resultantes del discernimiento. En ese sentido, cabe preguntarse cómo avanzar como Iglesia de América Latina y el Caribe para asumir los desafíos planteados en la carta, lo cual supone una conversión eclesial profunda respecto del modo relacionarnos con los jóvenes en la Iglesia.

1.2 Cambiando el paradigma eclesial sobre las juventudes

‘*Christus Vivit*’ nos entrega una perspectiva refrescante e iluminadora respecto de las juventudes, invitando a un cambio de paradigma en la manera de comprender la relación entre los jóvenes y la Iglesia. La fuerza de la exhortación apostólica reside en el hecho de que ésta no solo defiende la necesidad de este cambio de mirada, desprendiendo sus respectivas consecuencias pastorales, sino que lo hace desde razones teológicas profundas. Atender estas razones es fundamental para lograr un acercamiento adecuado al estudio de las culturas juveniles actuales. Una de las afirmaciones fundamentales del discernimiento sinodal es que los jóvenes no son meros receptores de una acción pastoral exterior, sino que “uno de los lugares teológicos en los que el Señor nos permite conocer algunas de sus expectativas y desafíos para la construcción del mañana” (64). Este reconocimiento teológico implica que los jóvenes son portadores de una verdad valiosa y necesaria para la Iglesia: “Con ellos podemos leer más proféticamente nuestra época y reconocer los signos de los tiempos”; “Los jóvenes contribuyen a enriquecer lo que es la Iglesia y no solo lo que hace. Son su presente y no sólo su futuro” (54).

Como contrapartida, muchas veces la concepción eclesial de los jóvenes como receptores pasivos de acciones pastorales ha primado en la Iglesia y se ha convertido en un ingrediente propicio para la proliferación del abuso, en la medida en que favorece un ejercicio desordenado de la autoridad pastoral sobre los propios jóvenes. Por eso, el cambio de mirada del Sínodo no solo afecta la comprensión de la

juventud, sino también de lo que debe entenderse por autoridad en la relación con los jóvenes: “Para lograr un verdadero camino de maduración, los jóvenes necesitan adultos autorizados. En su significado etimológico, auctoritas indica capacidad de crecer; no expresa la idea de un poder directivo” (71). Se agrega también: “Sabemos que para ser creíbles debemos vivir una reforma de la Iglesia, que implica la purificación del corazón y los cambios de estilo” (118) y que “entre las expectativas de los jóvenes, destaca en particular el deseo de que en la Iglesia se adopte un estilo de diálogo menos paternalista y más franco” (57).

Existe una conexión profunda entre la mirada del Sínodo acerca de la juventud y el actual contexto de crisis eclesial. Esa conexión se evidencia en el tono autocrítico que cruza el discernimiento: “Hay pocas regiones donde los jóvenes perciben a la Iglesia como una presencia viva y comprometida” (15); “Muchos han abandonado porque no han encontrado la santidad, sino la mediocridad, la presunción, la división y la corrupción” (166); “El Sínodo es consciente de que un número considerable de jóvenes, por diferentes motivos, no le piden nada a la Iglesia porque no la consideran significativa para su existencia. Algunos, por el contrario, piden expresamente que los dejen solos, ya que sienten su presencia como algo molesto e incluso irritante. Esta solicitud a menudo (...) tiene sus raíces en razones serias y respetables: escándalos sexuales y económicos; la falta de preparación de los ministros ordenados (...); la falta de cuidado en la preparación de la homilía y en la presentación de la Palabra de Dios; el papel pasivo asignado a los jóvenes dentro de la comunidad cristiana” (53).

De la visión planteada por el discernimiento se desprenden diferentes consecuencias pastorales. El Sínodo insiste en que no puede “prevalecer la tendencia a proporcionar respuestas ya elaboradas y recetas listas” (8) a los jóvenes. Se reconoce que esta tendencia nace de un ‘cierto autoritarismo y desconfianza de los adultos y pastores’ (54), que no han reconocido que ‘los jóvenes, en algunos aspectos, pueden estar por delante [de ellos]’ (66). Por otro lado, en la línea de motivar transformaciones concretas que favorezcan el empoderamiento juvenil en la Iglesia, “el Sínodo pide que se haga efectiva y ordinaria la participación de los jóvenes en los lugares de corresponsabilidad de las Iglesias particulares, así como en los organismos de las Conferencias Episcopales y de la Iglesia Universal” (123).

¿Cómo avanzar como Iglesia de América Latina y el Caribe en los desafíos planteados por el Sínodo? ¿Cómo transitar desde las orientaciones pastorales hacia cambios concretos? Una condición fundamental para lograrlo es sostener permanentemente una reflexión sistemática, multidisciplinaria y bien documentada acerca de las identidades, tensiones y búsquedas que caracterizan la vida de las y los jóvenes de nuestra región. Sin esta base de conocimientos amplia acerca de los fenómenos culturales, políticos, económicos, afectivo-sexuales y religiosos que inciden sobre la realidad juvenil, no será posible “leer más proféticamente nuestra época y reconocer los signos de los tiempos” o reconocer que los jóvenes son portadores de una verdad valiosa y necesaria para la Iglesia; y que a través de ellas y ellos el “Señor nos permite conocer algunas de sus expectativas y desafíos para la construcción del mañana”.

En lo que sigue ahondaremos en la reflexión sobre las culturas juveniles. Destacaremos algunos imaginarios y rasgos, a fin de describir ciertos aspectos distintivos. El examen de estos elementos estará enfocado en ofrecer una mirada amplia sobre los significados y experiencias que caracterizan a las juventudes en nuestra región y las complejidades involucradas en su estudio y comprensión.

12

Sin duda, hacer realidad las orientaciones pastorales emanadas de *Christus Vivit* no solo depende de los esfuerzos sociológicos o antropológicos que se hagan en dirección al estudio y comprensión de las juventudes. Lograr cambios profundos depende de la voluntad de todas y todos aquellas quienes construyen día a día la relación con los jóvenes en la Iglesia. No obstante, la investigación de las culturas juveniles es una herramienta necesaria y muy valiosa para avanzar como Iglesia de América Latina y el Caribe hacia un encuentro más pleno con las y los jóvenes.

Desarrollo



2.1 La investigación de las culturas juveniles dentro del estudio de la cultura

La investigación acerca de las culturas juveniles se inserta, más ampliamente, en el estudio de la cultura. Para Morandé (2019), la cultura no es un objeto analítico propio y particular de estudio, al lado de tantos otros que son del interés de las ciencias sociales; no se trata de una suerte de subespecialidad temática más. La cultura es un vasto horizonte de juicio y de interpretación de la sociabilidad humana en sí misma, enraizada en las específicas circunstancias históricas y geográficas de su acontecer cotidiano.

La interpretación de las culturas juveniles -la lectura de sus símbolos, sentidos y experiencias-, antes de ser la tarea exclusiva de una disciplina científica, es un aporte que se hace desde la cultura misma. En otras palabras, interpretar la cultura juvenil no es una tarea reductible al quehacer científico o técnico. Las propias personas -por cierto, también los jóvenes-, habitando su cultura, contribuyen a vivificarla, dotarla de sentido, renovarla, extenderla, transmitirla. Vivimos constantemente en una interpretación colectiva de la cultura en la que todos participamos. El arte, la religión y la política participan de esa interpretación de la vida juvenil, ofreciendo propuestas de sentido en base a las tradiciones cultivadas intergeneracionalmente (Morandé, 2019).

En coherencia con este marco, no debemos entender las culturas juveniles como un objeto externo o estático, que pueda ser reducido estadísticamente y/o controlado desde el punto de vista moral. Tampoco se trata primariamente de un objeto de estudio sociológico, sino de una experiencia humana colectiva de la que somos partícipes en tanto miembros de la sociedad, seamos o no jóvenes. Así, un primer desafío para la Iglesia y la sociedad en el análisis de la cultura juvenil es abrirse a la complejidad del universo de significados y experiencias en que están inmersos los jóvenes, sin construir una imagen simplista o idealizada de su cultura. Sin importar cuan distantes puedan resultarle a la Iglesia ciertas experiencias o discursos juveniles, para cultivar una comprensión profunda de sus culturas es preciso salir de los marcos doctrinarios e ideales normativos. En este sentido, la interpretación de las culturas juveniles debe abarcar, sin prejuicios, todos los tipos de discursos y prácticas materiales y/o inmateriales socialmente adquiridas y transmitidas, que

permiten diferenciar a las juventudes de otros grupos etarios dentro de la sociedad. Por tanto, el análisis debe comprender elementos como el uso del lenguaje, los símbolos comunes, los intereses compartidos a nivel generacional, las modas, las trayectorias vitales, etc. Se trata de elementos dinámicos y variables entre distintos subgrupos de jóvenes.

2.2 La juventud como construcción sociocultural

Definir a las juventudes en términos culturales supone trascender el criterio biológico de la edad. Los estudios sobre juventud nos han mostrado que distintas culturas en diferentes etapas históricas han clasificado a sus miembros por grupos etarios de muy distintas maneras. Algunos autores sostienen incluso que la categoría ‘juventud’ como la conocemos actualmente, es en parte una ‘invención’ del siglo XX. Se asocia a la emergencia de un discurso jurídico, un discurso escolar y una floreciente industria del entretenimiento, que reivindicó la existencia de los jóvenes como sujetos de derecho y, especialmente como sujetos de consumo. De ahí la necesidad de tener presente el error que representa pensar a este grupo social como un segmento universal y/o natural.

De acuerdo con Urteaga (2011), el concepto de juventud de corte biológico, dominante en los abordajes investigativos sobre los jóvenes durante el siglo XX, llegó a su límite explicativo en las sociedades occidentales entre las décadas de 1960 y 1970, a partir de las profundas transformaciones sociales y culturales protagonizadas por los propios jóvenes. En su lugar, se fue abriendo paso un concepto sociocultural de juventud, concebida como una fase particular en el ciclo de vida que cambia de forma y de contenido a través del tiempo y del espacio. Así, el desarrollo biológico del cuerpo juvenil dejó de ser la determinante principal e invariable de su identidad, reconociéndose que ésta está sujeta a diferentes marcos de interpretación entre y dentro de las culturas y de cada época histórica. Una óptica sociocultural y multicausal acerca de las culturas juveniles, tiene en cuenta cómo el desarrollo científico y tecnológico y sus repercusiones en la organización productiva y simbólica de la sociedad, la oferta y el consumo cultural y el discurso jurídico, constituyen

elementos entrelazados que dan sentido y especificidad al mundo juvenil, más allá de la fijación de unos límites biológicos de edad.

Autores como Reguillo (2003) sostienen que la juventud es una categoría construida culturalmente y no una esencia estática. Por tanto, la mutabilidad de los criterios que fijan los límites y los comportamientos de lo juvenil está necesariamente vinculada a los contextos sociohistóricos, producto de las relaciones de fuerza en una determinada sociedad. Molina y Álvarez (2016) sostienen que lo propiamente juvenil es un proceso de construcción social compleja que, junto con estar articulado en torno a un eje temporal biográfico agenciado por los propios sujetos juveniles, implica simultáneamente la construcción de un imaginario social de dicha temporalidad, de sus vivencias claves y de sus principales desafíos existenciales. Todo lo anterior va “instituyendo” social e imaginariamente una determinada resolución de las identidades juveniles.

2.3 Cambio generacional y epocal: lucha por la identidad juvenil

17

Desde la perspectiva del cambio generacional y epocal, debemos tomar en consideración la serie de transformaciones que caracterizan la realidad contemporánea en la que habitan los jóvenes hoy: un orden social marcado por la migración constante, el mundo globalizado, la crisis medioambiental, las tecnologías de comunicación, el desencanto político y el desgaste de los discursos dominantes, sumado a la profunda crisis estructural de algunas instituciones como la Iglesia y los partidos políticos. Todos estos fenómenos y procesos tienen gran incidencia en la configuración de las identidades generacionales (Reguillo, 2003). En este sentido, Urresti (2000) advierte que claramente no es comparable el ser joven de hoy con el ser joven de hace 30 años. No podemos tomar estas dos generaciones como actores aislados susceptibles de comparación. Se trata, en cambio, de épocas históricas que definen los conflictos de manera diferente y en ellos se define la posición de una perspectiva generacional particular. En ese sentido, una comparación de épocas, más que de jóvenes, puede iluminar las esperanzas y los temores, así como los supuestos pasados, que ponen de un lado y del otro de la raya a las generaciones que hoy en día, en ocasiones, se oponen entre sí. Lo anterior implica que para com-

prender qué pasa con los jóvenes de hoy, más que pedirles o juzgarlos por aquello que hacen o no hacen respecto de los jóvenes de generaciones anteriores, la tarea es comprenderlos en su relación con la situación histórica y social que les toca vivir.

Para comprender mejor cómo distintas generaciones procesan los desafíos propios de su época, resulta conveniente también situar el cambio generacional y epocal dentro del proceso de conformación de la identidad juvenil. En efecto, desde el punto de vista sociocultural, toda juventud lucha por la conformación de su identidad, usualmente confrontando la cultura adulta-hegemónica. En distintas épocas esa crítica juvenil a la cultura dominante se expresa con símbolos propios. En ese sentido, la crítica juvenil es un rasgo cultural que cambia de forma, pero cuyas raíces son estructurales porque se asocian al proceso de desarrollo psicosocial del individuo. En el marco de su caracterización psicosocial de la juventud, Erikson (1966) describe justamente esta etapa como un momento de lucha por la identidad. Según su teoría, la identidad surge de un proceso de afirmación y repudio selectivo de roles. Llegar a ser quien se es, no es un proceso puramente afirmativo o de identificación, sino que implica también diferenciación, reconocimiento y crítica hacia identidades contrapuestas.

Sin un grado de cuestionamiento a la cultura actual y sus ofertas de sentido, las nuevas generaciones serían una mera extensión -o reproducción- de la identidad de sus padres o, más ampliamente, de los agentes socializadores primarios y secundarios; de la cultura dominante. En definitiva, las juventudes buscan y luchan¹ por

1 El reconocimiento y validación de la lucha por la identidad como un rasgo sobresaliente en las culturas juveniles no debe confundirse con lo que Brunner (2017) denomina el ‘mito de la cultura rebelde’. En esta línea, el autor problematiza este mito a partir de la distinción entre las categorías ‘masas’ y ‘minorías’ aplicados a las culturas juveniles. De acuerdo con el sociólogo, mientras que ciertamente existe rebeldía o malestar entre algunos jóvenes, la mayoría de ellos presenta “*niveles mezclados de crítica y resignación, de pesimismo y optimismo.*” El joven promedio se encontraría inmerso en esta mixtura que sería propia de la cultura de masas, mientras que el malestar y la rebeldía que imaginamos como transversal a la juventud, estaría en realidad circunscrita a lo que el autor denomina “minorías activas”. La exposición mediática de estos grupos disidentes contribuiría hacernos creer que resultan representativos de un fenómeno “masivo” o, más precisamente, “mayoritario”. En realidad, estas minorías activas, como su nombre lo indica, constituyen una excepción dentro de su propia generación, rompiendo la pasividad de las masas para buscar cambios en diversos temas de relevancia social (educación, identidad de género, medio ambiente, etc.). Brunner reconoce en estos grupos un rol histórico de renovación del cuadro político, mediante el aporte de nuevas ideas y organizaciones. Es decir, la distinción entre las categorías ‘cultura juvenil de masas’ y ‘minorías activas’ no comporta en ningún caso un escepticismo fatalista y/o conservador sobre el poder de cambio de los jóvenes: al contrario, el autor otorga “eficacia histórica” a las minorías activas, pero recordándonos que al final del día la mayoría de los jóvenes quedan sociológicamente mejor descritos como parte de los patrones culturales dominantes, como “la masa” contra la cuál de hecho las minorías activas reaccionan.

hallar una respuesta identitaria propia, en concordancia con su desarrollo psicosocial, frente a la generación de los mayores.

2.4 Imaginarios en torno a las culturas juveniles en América Latina y el Caribe

Es posible afirmar que existen diversas culturas juveniles en América Latina y el Caribe. Esa diversidad es, en primer lugar, reflejo de los múltiples pueblos y tradiciones presentes a lo largo y ancho del territorio. Además del hecho de la multiculturalidad, que se verifica al mirar la realidad de los diversos países, también dentro de cada nación es posible afirmar que existe diversidad cultural entre los jóvenes. Las desigualdades económicas, educativas, geográficas, religiosas, políticas y étnicas pueden conformar, dentro de un mismo territorio nacional, un panorama cultural-juvenil muy diverso.

Desde un punto de vista sociohistórico amplio, autores como González y Feixa (2013) plantean que la presencia y visibilidad social de los jóvenes en las sociedades latinoamericanas ha transitado desde un estadio de total invisibilidad social durante mediados del Siglo XIX, pasando posteriormente por periodos de incipiente visibilidad sociocultural en el contexto de la expansión de las instituciones educativas en la mayor parte de los países latinoamericanos. En esta transición, un momento de gran visibilidad social sería la estructuración del movimiento de reforma universitaria desplegado en diversos países entre 1920 y 1960, aunque con más fuerza en Argentina, Uruguay, México, Perú y Chile. Dichos movimientos dieron un gran impulso y dinamismo a la construcción de un imaginario social acerca de las juventudes latinoamericanas. En forma progresiva, estas juventudes se irán asentando al alero de este y otros espacios que las mismas conformaciones sociales de la región irán construyendo, posibilitados por la expansión educativa y la ampliación de las clases medias urbanas. Estas transformaciones fueron sin duda impulsadas por el contexto de modernización y las políticas desarrollistas operantes, a partir de las cuales los jóvenes comienzan a ser definidos crecientemente como sujetos de derecho y sujetos de consumo. Así, se puede sostener que a comienzos del Siglo XX emergen más nítidamente las juventudes latinoamericanas como un sujeto social y político. El “éxito” de esta empresa modernista y desarrollista ciertamente ha

estado altamente condicionado por las condiciones institucionales y económicas presentes en los diversos países (Benedit, 2004). Así, por ejemplo, en sociedades de mayor fragilidad institucional y desigualdad económica como Honduras, Nicaragua, Haití y El Salvador, los resultados en términos de visibilización y progreso de las juventudes son más incipientes. Así todo, la mayor parte de las juventudes latinoamericanas, impulsadas por un imaginario social de rebeldía y cambio, recorrerán prácticamente todos los escenarios de lucha social y política del convulsionado Siglo XX obteniendo, como se ha dicho, resultados variados en términos de justicia social y bienestar (Molina y Álvarez, 2016).

Hacia el Siglo XXI comienzan a emerger otros imaginarios sociales sobre lo juvenil que destacan más la dimensión individual, por sobre los aspectos colectivos y/o comentarios de la juventud. Uno de los hitos más relevantes en este proceso es el surgimiento y estructuración de sistemas educativos estandarizados y con un enfoque técnico-utilitario, a partir de lo cual se comienza a instituir un imaginario hegemónico asociado con los desafíos de la formación profesional de los jóvenes y su ingreso en el mercado laboral como agentes económicos competentes y competitivos (antes, quizás, que como ciudadanos comprometidos). Junto a este fenómeno, el aumento en la esperanza de vida ha potenciado que la inserción laboral de nuevas generaciones para relevar a las mayores se haya retrasado. En consecuencia, hoy en día los jóvenes son retenidos durante un periodo más largo en las instituciones educativas, acrecentando aún más la incidencia de estas instituciones en la formación de las identidades juveniles, en ocasiones en desmedro del rol de la familia. Con ello, los procesos de escolarización obligatoria comienzan a constituirse cada vez más en una de las características sociológicas centrales de nuestras sociedades latinoamericanas y sus juventudes (Molina y Álvarez, 2016).

Finalmente, en particular en las últimas dos décadas, la entrada en la escena social de las industrias culturales, la estructuración de mercados orientados al consumo juvenil, junto a la inédita irrupción y expansión de las tecnologías de la información y la comunicación en la vida cotidiana de las juventudes, están marcando fuertemente el imaginario sobre la condición social juvenil en las sociedades latinoamericanas. En particular en relación con las industrias culturales, es indudable su importancia creciente en la construcción y reconfiguración constante del sujeto juvenil. Al respecto Reguillo (2003) sostiene que el vestuario, la música y ciertos objetos emblemáticos constituyen hoy una de las más importantes mediaciones para

la construcción identitaria de los jóvenes. Estos elementos se ofrecen no solo como marcas visibles de ciertas adscripciones, sino fundamentalmente como productos identitarios que portan su propia ética y cosmovisión y van consolidando imaginarios generacionales.

Las categorías ‘millennials’ y ‘centennials’ se han popularizado al hablar de las culturas juveniles y comunicar una imagen acerca de ellas. Ciertamente, estas categorías son útiles para condensar un imaginario relativamente aplicable a un mismo grupo generacional. Al mismo tiempo, es preciso utilizar estas categorías con prudencia, problematizando la concepción excesivamente unitaria de ‘lo juvenil’ que a veces emerge de la aplicación de estas categorías imaginarias. Para ello, es importante tener siempre a la vista las diferencias intrageneracionales que, en el caso de nuestra región, son particularmente agudas a causa de las profundas desigualdades entre países y dentro de cada país.

Para ciertos autores, la pretensión de conocimiento generalizado sobre la realidad juvenil que acarrearán categorías como ‘millennials’ o ‘centennials’ puede resultar muy problemática. El reconocido sociólogo francés Pierre Bourdieu ejemplificaba notablemente esta postura. Para Bourdieu la juventud en ningún caso representa una unidad social, sencillamente porque integra realidades sociales heterogéneas, asociadas a determinadas variables de desigualdad social como clase, género, etnia, etc. Esto es especialmente cierto en las sociedades latinoamericanas y caribeñas.

Al enmarcar la juventud en un sistema de relaciones sociales, Bourdieu (1990) critica la práctica de los investigadores que imponen las fronteras de edad en el análisis de la juventud de forma apriorística, externa al objeto de estudio y basándose habitualmente en criterios biológicos. Alternativamente, la postura del sociólogo francés consiste en que, en el estudio de la juventud, ha de estudiarse la emergencia de lo juvenil conforme a las reglas específicas de distribución del poder y el reconocimiento en cada campo social (económico, político, cultural, sexual, religioso, etc.) en que se mueven los jóvenes. Así pues, cuando en nuestras sociedades se habla de las culturas juveniles mediante expresiones como ‘los millennials’, se estaría haciendo referencia a realidades heterogéneas. Ello no implica descartar por completo el concepto. En su conjunto, los rasgos reunidos en esta expresión pueden dar lugar a una semblanza elocuente para describir a ciertos grupos de jóvenes, quizás preferentemente jóvenes de la elite. Al mismo tiempo, sin embargo,

la masificación del concepto parece comportar cierta inconciencia de los alcances y límites de su aplicación en una sociedad como la nuestra, que no solo presenta altos niveles de desigualdad socioeconómica, sino también de género, orientación sexual, etc. Estas diferencias restringen la aplicabilidad de una noción unitaria de grupo generacional.

Tómese como ejemplo la diferencia entre jóvenes marginados y jóvenes en distintos países de la región. En algunos casos, la experiencia de juventud de los primeros está marcada por una lucha transgeneracional contra la exclusión: mientras que sus padres enfrentaron la exclusión del sistema educativo, estos jóvenes experimentan hoy la segregación dentro del sistema y, a la vez, una inserción desventajosa en el mundo laboral. La elite juvenil experimenta en países como México, Brasil o Uruguay, por su parte, la experiencia de prolongación de la juventud asociada a la postergación del ingreso al mundo laboral y la postergación del abandono de la casa de los padres, ingresando a un tiempo cada vez más extendido de experimentación y búsqueda personal. Se trata de dinámicas y trayectorias juveniles socioeconómicamente diferenciadas. ¿A qué sustrato común de experiencias vitales apelamos cuando clasificamos ambas realidades bajo el imaginario de ‘generación millennial’? Este es sin duda un ejemplo muy limitado para ilustrar un desafío mayor. En definitiva, para el estudio de los imaginarios generacionales es necesario tener en cuenta tanto las diferencias intergeneracionales, derivadas de las variaciones temporales en las formas sociales y materiales de producción de los individuos, como las diferencias intrageneracionales, derivadas de las posiciones sociales que ocupan los miembros de una generación cronológica determinada.

2.5 Rasgos de las culturas juveniles en América Latina y el Caribe

En el campo de los estudios socioculturales, se entiende por ‘rasgo’ una unidad funcional más simple en que se divide una cultura cuando se trata de analizarla. Como ejemplo de lo anterior, es posible analizar una sociedad desde el punto de vista de su cultura política o religiosa, identificando los rasgos políticos y/o religiosos específicos según corresponda. Es posible también dividir el análisis de una cultura según los grupos humanos que la conforman, diferenciados de acuerdo con algún criterio de

interés (etario, geográfico). Así, por ejemplo, al analizar la cultura de países como Bolivia o Ecuador, podemos distinguir ciertos rasgos propios de la cultura juvenil (criterio etario) o de la cultura rural (criterio geográfico). Al mismo tiempo, el análisis sociológico permite combinar criterios: podríamos analizar, en efecto, los rasgos de la cultura juvenil en el mundo rural en Venezuela o Brasil. El rasgo en cuanto tal puede tratarse de algo material o inmaterial. Los rasgos culturales permiten comprender cómo las personas de una determinada cultura responden y se comportan frente a diferentes temas, eventos, problemas y situaciones en general.

Es fundamental reconocer que el concepto de ‘rasgo’ supone siempre una simplificación en el análisis de la cultura. Se trata de una herramienta conceptual que nos ayuda a centrar nuestra atención en ciertas características distintivas, dejando otras de lado. Una determinada cultura nunca puede ser reducida a la suma de sus rasgos. El valor de identificar los rasgos culturales es analítico (facilita el análisis) y permite orientar la observación empírica: no podemos nunca ‘observar’ toda la complejidad de la cultura, mientras que sí es posible evaluar o medir ciertos rasgos en particular. Dicho esto, vale la pena insistir en la importancia de conservar una mirada holística y compleja de la cultura y de las culturas juveniles

En lo que sigue, se presenta una sistematización de información obtenida de tres documentos internacionales seleccionados para obtener un panorama amplio de la situación de las juventudes en la región, relevando específicamente algunos de sus rasgos más distintivos en términos sociodemográficos y sociales. Los documentos referidos se detallan en la Tabla 1.

Tabla 1: Documentos internacionales consultados

Documento	Año	Autoría
Informe regional de la población en América Latina y el Caribe	2011	Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL)
Millenials en América Latina y el Caribe: ¿Trabajar o Estudiar?	2018	Banco Interamericano de Desarrollo
Las juventudes latinoamericanas y caribeñas y la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible	2021	CEPAL

Fuente: Elaboración propia.

2.5.1 Panorama general y rasgos sociodemográficos

Las transformaciones demográficas por las que atraviesan América Latina y el Caribe se reflejan, aunque con grandes diferencias entre países, en importantes variaciones en la estructura por edades, caracterizada por una progresiva reducción de la población infantil, un aumento de los adultos y un sostenido incremento de los adultos mayores. En la primera etapa de transición, se reduce la mortalidad infantil y aumenta proporcionalmente el número de niños, pero este efecto se ve neutralizado y se revierte paulatinamente como consecuencia del descenso de la fecundidad y el envejecimiento de la población (CEPAL, 2011, p. 19).

Un 41% de los jóvenes en la región se dedica exclusivamente al estudio, un 21% solo trabaja, un 17% realiza ambas actividades y un 21% no estudia, se capacita o trabaja. Además, se observan diferencias en los años de educación que alcanzan los jóvenes en los distintos países de América Latina y el Caribe. Respecto a sus resultados laborales, los jóvenes muestran una temprana inserción laboral (a los 16 años, en promedio) y altas tasas tanto de informalidad como de rotación laboral (BID, 2018, p. 22). Los datos también revelan que el 15% de los jóvenes están teniendo hijos durante la adolescencia y que aquellos que fueron padres tempranamente muestran una mayor probabilidad de estar fuera del sistema educativo, trabajen o no. (BID, 2018, p. 33)

La evidencia empírica internacional indica que los jóvenes de América Latina acceden hoy a una mayor cobertura educativa y, a la vez, enfrentan un mercado laboral cambiante, no solo por la irrupción de nuevos adelantos tecnológicos que transforman la producción, sino también por el voluble y a ratos frágil escenario político institucional que enfrentan diversos países de la región. Es indudable que el clima de malestar social, la falta de legitimidad política y la inestabilidad democrática afectan fuertemente variables estructurales como el empleo y el crecimiento, así como variables subjetivas como los intereses y motivaciones, transformando así las trayectorias y culturas juveniles (BID, 2018).

Ser joven en América Latina y el Caribe conlleva una serie de paradojas. Supone formular constantes demandas respecto de su participación en el proceso de desarrollo de los países y, en muchos casos, movilizarse para que sean atendidas. Por otra parte, las y los jóvenes deben enfrentar múltiples exclusiones que, en la práctica, restringen su capacidad de acción y limitan la gestión de sus proyectos. De

hecho, las y los jóvenes de la región cuentan con mayores recursos educacionales y de comunicación que las generaciones precedentes. Sin embargo, se enfrentan a una estructura de oportunidades profundamente desigual y excluyente. Deben lidiar, asimismo, con ideas preconcebidas que confinan a la juventud a identidades estáticas a las que deben responder, así como a espacios predefinidos en los que se les permite participar (CEPAL, 2011, p. 9)

La evidencia internacional muestra que los jóvenes de la región experimentan dificultades importantes, como un acceso limitado a educación y empleos de calidad, y escasas oportunidades para adquirir experiencia laboral formal. Esto es particularmente cierto entre los jóvenes de hogares vulnerables quienes, por diversos motivos, tienen una mayor probabilidad de estar desligados del sistema educativo y del mercado laboral. Además de los efectos sobre su propio bienestar, esta inactividad juvenil conlleva el riesgo de perpetuar la pobreza y la desigualdad e impedir que ALC mejore sus niveles de productividad y crecimiento (BID, 2018, p. 67). De esta manera, los jóvenes en la región enfrentan algunas limitaciones comunes, pero también se observan diferencias importantes entre países. Por ejemplo, el contexto de violencia en el que los jóvenes toman sus decisiones educativas y laborales es particularmente relevante en El Salvador, mientras que, en Haití, las oportunidades que enfrentan los jóvenes están altamente marcadas por los desastres naturales que han azotado al país y por el fenómeno de la migración masiva (BID, 2018, p. 23)

Ser joven supone también una permanente interacción con otras generaciones. Por una parte, los jóvenes son receptores de una herencia estratificada en lo que se refiere al acceso a activos esenciales para el desarrollo de sus capacidades. La región muestra una gran dificultad para romper las cadenas de transmisión intergeneracional de la pobreza y la desigualdad que inciden, a nivel familiar, en las oportunidades reales a las que tiene acceso la juventud para forjar su propio destino (CEPAL, 2011, p. 9).

2.5.2 Rasgos sociales de las juventudes

a. Pobreza y desigualdad

La incidencia de la pobreza en la juventud de América Latina y el Caribe es menor que en los niños, pero superior a la de los adultos y adultos mayores y, si bien la

mayor inversión social ha permitido la expansión de los servicios sociales, la juventud aún enfrenta muchas barreras para influir en la agenda de políticas públicas. Diversos organismos han recalcado que no siempre se consideran las necesidades específicas de la juventud, la cual además no recibe la debida atención en los presupuestos nacionales. Las Naciones Unidas han destacado también la mayor vulnerabilidad de grupos específicos dentro del conjunto de jóvenes: las mujeres, y las y los jóvenes que viven en áreas rurales o que pertenecen a pueblos indígenas o a comunidades afrodescendientes (CEPAL, 2011, p. 11)

Si bien la incidencia de la pobreza y la indigencia entre las y los jóvenes de 15 a 29 años en América Latina – 30,3% y 10,1%, respectivamente- es menor que la del conjunto de la población -31,8% en el caso de la pobreza y 11,6%, en el de la indigencia-, los datos relativos a quienes tienen entre 15 y 19 años revelan una relación inversa: las y los jóvenes de 15 a 19 años son, junto a los menores de 15 años, los grupos más vulnerables a la pobreza y la indigencia en América Latina (CEPAL, 2011, p. 37). Más allá de estas diferencias relativas, en términos absolutos la incidencia de la pobreza y la indigencia es alta en el caso de todos los jóvenes, incluidos los de 20 a 24 años y los de 25 a 29 años. La situación varía de un país a otro. En Argentina, Chile y el Uruguay la incidencia de la pobreza entre los jóvenes de 15 a 29 años es inferior al 15%, y la de la indigencia, inferior al 5%. En Bolivia, Guatemala, Nicaragua y Paraguay, la incidencia de la pobreza supera el 50% y en Honduras, el 60%; en cuanto a la indigencia, bordea o supera el 25% para este grupo de edad (CEPAL, 2011, p. 38).

Los datos confirman las tristemente célebres inequidades étnicas y de género en América Latina, donde se observa una mayor incidencia de la pobreza en el caso de las mujeres en todos los países. En Ecuador y México, la brecha entre hombres y mujeres asciende a más de cinco puntos porcentuales, mientras que en Paraguay, Honduras y Perú apenas ronda el 1%. En el caso de la indigencia, sólo en Nicaragua y Paraguay su incidencia es levemente mayor entre los hombres y en Guatemala es un 3,3% mayor entre las mujeres (CEPAL, 2011, p. 39).

Con respecto a las áreas de residencia, salvo en los casos de Chile, Costa Rica y Uruguay, la incidencia de la pobreza es superior entre las y los jóvenes que viven en zonas rurales y, en todos los casos la indigencia afecta en menor medida a los habitantes de áreas urbanas. Debido a la estrecha relación existente en América

Latina entre la etnicidad y la residencia en áreas rurales, es importante interpretar los datos sobre pobreza rural en función de claves étnicas. La pobreza indígena rural y, particularmente la de las mujeres indígenas que viven en áreas rurales, es la más alta de América Latina. La incidencia de la pobreza y la indigencia es mucho mayor en el caso de las y los jóvenes pertenecientes a pueblos indígenas y afrodescendientes. La exclusión que sufren estos grupos en todas las dimensiones sociales, económicas y políticas de gran parte de los países de América Latina se refleja claramente en pobreza en términos de ingresos y en sus posibilidades de disfrutar de un nivel de vida básico. Por ejemplo, en los casos de Paraguay y Perú, la incidencia de la indigencia es 33 puntos porcentuales mayor entre los jóvenes indígenas (CEPAL, 2011, p. 40).

Finalmente, existen importantes asociaciones entre la conformación y estructura de los hogares y la incidencia de la pobreza. La jefatura de hogar de las y los jóvenes muestra un marcado sesgo de género, que se traduce en una preponderancia de la jefatura masculina superior incluso a la observada en la población adulta de América Latina. También se observan importantes diferencias entre países con respecto a las trayectorias de emancipación que convierten tempranamente a las jóvenes en jefas de hogar o cónyuges. Mientras que en el Perú el 0,3% de las jóvenes de 15 a 19 años se convierten en jefas de hogar, en Panamá y la República Bolivariana de Venezuela este porcentaje llega al 5,8% y en el Brasil al 6,5%. Estos datos son relevantes, en términos de adquisición de activos fundamentales para la superación permanente de la pobreza puesto que cabe esperar que quienes adopten tempranamente este rol abandonen también los estudios y se coloquen en una situación de mayor vulnerabilidad en comparación con sus pares. (CEPAL, 2011, p. 43).

En los hogares encabezados por jóvenes hay una estrecha relación entre la maternidad o paternidad y la pobreza. Mientras que la incidencia de la pobreza en los hogares encabezados por jóvenes sin hijos asciende al 10%, este porcentaje se eleva al 46% (promedios ponderados) en los hogares donde hay hijos menores de 15 años. Estos datos muestran que el 15% de los hogares encabezados por jóvenes y con hijos menores de 15 años viven en situación de extrema pobreza. El porcentaje asciende al 41,4% en Honduras y al 30,5% en el Estado Plurinacional de Bolivia (CEPAL, 2011, p. 44).

b. Ámbito educativo

En América Latina y el Caribe, el 35% de las y los jóvenes de entre 15 y 29 años asisten a algún establecimiento educativo. Esta cifra muestra fuertes variaciones dependiendo del grupo etario y del quintil de ingreso per cápita que se considere. Así, en el grupo de jóvenes de entre 15 y 19 años, el porcentaje de quienes asisten a algún establecimiento educativo y pertenecen al quintil más pobre es inferior en casi 20 puntos porcentuales al porcentaje de los que están en la misma situación dentro del quintil de mayores recursos. Esta diferencia se amplía a más de 30 puntos porcentuales en el grupo de jóvenes de 20 a 24 años (CEPAL, 2011, p. 49).

Al analizar los porcentajes de conclusión de la enseñanza secundaria de las y los jóvenes de entre 20 y 24 años en los países de la región se observan importantes diferencias. Mientras en Chile y Jamaica se registran niveles que superan el 80% (sólo en el caso de las mujeres en el segundo país), y en Perú el 70%, en Guatemala, Honduras y Nicaragua el porcentaje de conclusión para este grupo de edad sólo ronda el 30%, y en Belice y Suriname, el 20% (CEPAL, 2011, p. 51).

La conclusión de estudios universitarios es en promedio baja entre la juventud de América Latina. Las diferencias máximas entre quienes son indígenas y afrodescendientes y concluyen este nivel educativo y quienes no lo son, fluctúan alrededor de los 12 puntos porcentuales en Bolivia, Ecuador, Panamá y Perú. Al comparar la situación de las mujeres indígenas y afrodescendientes y quienes no lo son, esta diferencia alcanza los 15 puntos porcentuales en todos los casos anteriores, salvo en el Ecuador (CEPAL, 2011, p. 51).

En relación con el vínculo entre educación y tecnología, de acuerdo con los resultados de la encuesta Latinobarómetro, la gran mayoría de las y los jóvenes de entre 16 y 29 años que cuentan con conexión utilizan Internet para buscar información (36%), lo que coincide con la afirmación de que estas tecnologías amplían los horizontes de conocimiento y acceso a oportunidades de la población y, particularmente, de las y los jóvenes. El 21% de quienes se encuentran en este grupo de edad declaran usar Internet para estudiar y el 13% para trabajar, mientras que el 25% menciona que utiliza este medio para entretenerse (CEPAL, 2011, p. 58).

Sin embargo, nuevamente es posible identificar dinámicas de desigualdad en el acceso que los jóvenes tienen a Internet en América Latina. Si bien las y los jóvenes

de entre 16 y 29 años han utilizado, en promedio, más Internet que los adultos de 30 años y más, todavía existe un 40% de ellos que declara no haberlo usado nunca. Asimismo, en los países hay diversidad con respecto al acceso a Internet. Si bien en todos los casos, del total de personas que se conectan a Internet, el porcentaje que lo hace diariamente es mayor entre los jóvenes que entre los adultos de 30 años y más, el uso diario de esta herramienta registra niveles muy diversos entre países: en Chile supera el 70%, en tanto que en Guatemala, Honduras, Nicaragua y Paraguay el porcentaje de quienes usan a diario Internet es cercano al 30%. Estos datos dan cuenta de la desigualdad existente en el acceso a la tecnología, lo que a largo plazo reproduce las desigualdades en la acumulación de capacidades entre jóvenes de distintos países (CEPAL, 2011, p. 58).

Así, los datos indican la prevalencia de notorias desigualdades en cuanto a los activos educativos y de alfabetización digital de las y los jóvenes. Estas desigualdades se expresan en las distintas tasas de asistencia y de conclusión de los diversos niveles educativos, y están fuertemente vinculadas a la pertenencia a determinados quintiles de ingreso, a la etnicidad (ser indígena o afrodescendiente) y la ruralidad (CEPAL, 2011, p. 60).

Respecto de la persistencia de las brechas de género, estas se observan con claridad en todo el proceso educativo en cuanto al acceso a la educación en el área de la ciencia, la tecnología, la ingeniería y las matemáticas, y en lo que atañe a la progresión, la retención y el reingreso en ese ámbito (UNESCO, 2018). Además, los factores que moldean las trayectorias educativas e inciden en las posibilidades de concluir los estudios difieren para los hombres y las mujeres jóvenes. Una razón potente de abandono de la trayectoria escolar entre la población joven masculina es la necesidad temprana de ingresar al mundo laboral, mientras que en el caso de las mujeres jóvenes cobran centralidad el embarazo, el matrimonio y las uniones tempranas, así como las tareas de cuidado. (CEPAL, 2021, p. 34)

Finalmente, existe evidencia sobre el rezago en habilidades cognitivas de los jóvenes de la región que ya han detectado pruebas estandarizadas internacionales como PISA, independiente de su situación laboral y educativa. Por ejemplo, alrededor de un 40% de los jóvenes o es capaz de realizar correctamente cálculos matemáticos muy sencillos, útiles para la vida diaria, como repartir un monto de dinero en partes iguales. También encontramos que, en promedio, los jóvenes ca-

recen de algunas habilidades técnicas esenciales para el nuevo mercado laboral (por ejemplo, menos de un cuarto declara hablar fluidamente inglés), pero que a la vez poseen otras capacidades igualmente relevantes. Por ejemplo, indican manejar dispositivos tecnológicos con facilidad (BID, 2018, p. 23). Las mediciones de habilidades socioemocionales arrojan, por su parte, resultados más prometedores, por lo que permiten ser optimistas respecto de las posibilidades de los jóvenes de insertarse en el nuevo mercado laboral. En efecto, los jóvenes de la región muestran altos niveles de autoestima, autoeficacia, pasión y perseverancia. De hecho, un resultado llamativo es que estos resultados positivos se encuentran en todos los jóvenes, independiente de su situación educativa y ocupacional (BID, 2018, p. 23).

c. *Ámbito laboral*

Al analizar los datos desagregados correspondientes a quienes viven en áreas urbanas y rurales, se observa que existe un grupo de países en el que la tasa de participación laboral urbana supera en cerca de 10 puntos porcentuales a la de las áreas rurales: así ocurre en Chile, Colombia, El Salvador, Honduras, Guatemala, México y Nicaragua. En cuanto al desempleo juvenil en América Latina, se constata que en el caso de las y los jóvenes de entre 25 y 29 años el desempleo en las zonas rurales es más del doble que en las zonas urbanas. Incorporar a las y los jóvenes provenientes de áreas rurales a la actividad económica parece ser un desafío de especial relevancia (CEPAL, 2011, p. 62).

Entre los 15 y los 19 años, la proporción de las mujeres que se incorporan al mercado laboral es inferior en 19 puntos porcentuales a la proporción de varones. Esto podría explicar, en parte, el que sean las mujeres quienes en mayor proporción finalizan la educación primaria y secundaria. Detrás de estos indicadores también puede haber opciones familiares y personales, así como patrones culturales, asociados a una más temprana incorporación masculina al mercado laboral. Sin embargo, se aprecia que a medida que se avanza en los grupos de edad la brecha de género en la participación laboral se perpetúa y se profundiza. En el caso de quienes tienen entre 20 y 24 años, la participación laboral de las mujeres es menor en 25,5 puntos porcentuales a la de los hombres; y en el tramo que comprende entre los 30 y los 64 años, la distancia entre la participación laboral de mujeres y hombres llega a 30 puntos porcentuales, en desmedro de las primeras (CEPAL, 2011, p. 62).

La actual distribución de la responsabilidad del trabajo remunerado y del trabajo de cuidados es sumamente desequilibrada, y la de este último recae sobre todo en las mujeres, quienes en su mayoría realizan estas labores de forma no remunerada. A pesar de su importancia, este trabajo se sigue invisibilizando, subestimando y desatendiendo en el diseño de las políticas económicas y sociales de América Latina y el Caribe. Esta sobrecarga de trabajo doméstico y de cuidados no remunerado limita las oportunidades que tienen las adolescentes y las mujeres jóvenes para hacer otras actividades, por ejemplo, estudiar, trabajar de forma remunerada, socializar, adquirir otras habilidades y en general llevar adelante sus proyectos de vida. (CEPAL, 2021, p. 43).

La desigual inserción laboral de la juventud no sólo está marcada por variables de género y ruralidad, sino también por su ubicación en los diversos quintiles de ingreso. Al analizar la tasa de desempleo en jóvenes de entre 20 y 29 años y adultos de entre 30 y 64 años, se observa que la mayor brecha se produce en el tramo de 20 a 24 años entre las mujeres jóvenes pertenecientes a los quintiles de menores y las pertenecientes a los quintiles de mayores recursos (CEPAL, 2011, p. 63).

En promedio, poco más de un tercio de las y los jóvenes de entre 15 y 29 años de América Latina que están ocupados trabajan con contrato. Bajo esta proporción subyacen disparidades importantes. Entre quienes integran el tramo de 15 a 19 años, sólo el 18% de los que están ocupados trabajan con contrato, porcentaje que se incrementa conforme se avanza en las edades hasta llegar al 46% entre quienes tienen de 25 a 29 años. Nuevamente, se confirma que la inserción temprana al mercado laboral se hace en condiciones sumamente precarias (CEPAL, 2011, p. 69).

En síntesis, el panorama en América Latina muestra claros rezagos en materia de estándares del trabajo para sus juventudes, tanto en lo que respecta a las condiciones requeridas para su autonomía y emancipación, como a la protección ante la vulnerabilidad a la pobreza. Si bien la participación laboral, la ocupación y el desempleo entre las y los jóvenes han experimentado una evolución positiva en el tiempo, incluso en un contexto de crisis financiera, persiste no obstante un escenario caracterizado por la exclusión de vastos sectores de la población y una marcada desigualdad en el acceso a las oportunidades laborales (CEPAL, 2011, p. 71).

Finalmente, es importante notar que entre un 15 y un 20% de las y los jóvenes de entre 15 y 29 años de América Latina no están insertos en el sistema educacional

ni en el mercado de trabajo, lo que revela dinámicas de exclusión juvenil. Este porcentaje no es significativamente menor en el caso de los jóvenes de 15 a 19 años en comparación con quienes tienen entre 20 y 24 años o entre 25 y 29 años. Entre los jóvenes de 15 a 19 años, Honduras es el país que muestra un porcentaje mayor en esta situación (CEPAL, 2011, p. 73).

En el grupo de jóvenes que se encuentran en esta situación se incluyen quienes realizan labores domésticas no remuneradas o bien viven con alguna discapacidad, así como quienes no realizan ninguna tarea determinada. Sin embargo, constituyen un grupo de tamaño considerable y que demanda atención en función de la gran vulnerabilidad a la que potencialmente están expuestos. Este grupo, denominado como “la generación nini” por su marginación dual del sistema educativo y del mercado del trabajo, da cuenta de una dinámica de tipo estructural de exclusión social que se ha vuelto sostenida en el tiempo. (CEPAL, 2011, p. 74). Al mismo tiempo, estudios recientes también han señalado respecto a los ninis, que estos jóvenes son personas ocupadas que realizan labores valoradas por sus entornos, con marcadas diferencias de género: mientras buena parte de los hombres busca un empleo, la mayoría de las mujeres se dedica a tareas domésticas y al cuidado de otros miembros del hogar (BID, 2018, p. 23)

Los jóvenes nini en ALC son mayoritariamente mujeres y pertenecen a hogares con menos recursos materiales. Solo una fracción muy pequeña de los jóvenes nini (un 3% en el conjunto de países) calza con el estereotipo de un joven inactivo que no realiza labores entendidas como productivas. De hecho, la gran mayoría de los ninis realiza actividades productivas en sus hogares o busca empleo, o tiene una discapacidad que le impide estudiar o trabajar (BID, 2018, p. 33).

d. Bienestar y salud

Los jóvenes conforman el grupo de edad que potencialmente cuenta con mejores condiciones de salud, aun cuando está expuesto a una serie de riesgos específicos, como es el caso de su muerte por eventos violentos o del impacto que en este grupo tienen las infecciones de transmisión sexual. Las defunciones de personas de 15 a 29 y de 15 a 24 años representan apenas el 6% y el 3%, respectivamente, del total de defunciones que se registran en todo el mundo. En el caso de América Latina y el Caribe, la tasa de mortalidad de las y los jóvenes es levemente inferior al promedio mundial. Tanto en la región como en el mundo entero las tasas de mortalidad

juvenil se han ido reduciendo, y la región ha reducido con mayor velocidad la tasa de mortalidad de los jóvenes de 15 a 29 años, pero no así la de jóvenes de 15 a 24 años (CEPAL, 2011, p. 22).

Si se comparan las causas de muerte de toda la población en América Latina y el Caribe con las de la juventud, es posible apreciar la importancia que tienen en este grupo las muertes por causas externas, entre otras, por accidentes. Asimismo, la mortalidad masculina es cinco veces mayor que la femenina, lo que se vincula a una mayor prevalencia entre los jóvenes de muertes por homicidios, accidentes de transporte terrestre y suicidios. (CEPAL, 2011, p. 23).

Las enfermedades transmisibles son más comunes en el caso de las y los jóvenes (3,23%) que en el total de población de la región (poco más del 1%), lo que se explica por la mayor prevalencia del VIH/SIDA. En cambio, los jóvenes presentan una menor prevalencia de enfermedades degenerativas. Cabe señalar que cerca del 2% de las muertes de las jóvenes de 15 a 29 años se debe a causas relacionadas con el embarazo, parto o puerperio (CEPAL, 2011, p. 24).

El virus de la inmunodeficiencia humana (VIH) es una arista fundamental para la salud de las personas jóvenes de la región, ya que, a pesar de que su presencia entre ellas ha disminuido, sigue siendo una amenaza, en especial para ciertos grupos, como la población indígena, cuya actividad sexual comienza en etapas tempranas de la vida. Hoy en día, en la región hay aproximadamente 120.000 jóvenes de 15 a 24 años que tienen VIH, y la presencia del virus se concentra en el tramo etario de 20 a 24 años (CEPAL, 2021, p. 23). Una de las grandes barreras que enfrentan las personas jóvenes de la región en lo que atañe al VIH es la falta de educación en materia de sexualidad, salud sexual y salud reproductiva integral, ya sea dentro o fuera del ámbito escolar (CEPAL, 2021, p. 24). Es relevante considerar que algunos grupos de jóvenes están especialmente excluidos y alejados de la educación y los servicios relacionados con la salud sexual y reproductiva, entre ellos, las personas jóvenes LGBTQI, las que viven con VIH, las que tienen alguna discapacidad, las migrantes, las que están fuera del sistema educativo y las que se encuentran en situación de calle (CEPAL, 2021, p. 45).

La evolución de la maternidad adolescente en América Latina y el Caribe llama la atención por su tendencia al incremento, contrario a la disminución de la fecundidad global, y por su estrecho vínculo con el nivel socioeconómico de las

madres. Las diferencias entre países que muestran estos datos ilustran los desafíos pendientes a los que deben responder las políticas de salud sexual y reproductiva en la región, para que sea posible avanzar en el logro de una mayor consistencia y reducción de las desigualdades. En este contexto hay dos fenómenos que resultan especialmente preocupantes: la mayor proporción de madres adolescentes pobres y la alta correlación entre embarazo adolescente y bajo nivel de escolaridad; ambos dan cuenta de una estructura que presenta grandes desigualdades en estos campos (CEPAL, 2011, p. 26).

Finalmente, hay pocos datos comparables a nivel regional sobre la salud mental de las personas jóvenes. En el caso del suicidio, que es el exponente máximo de los trastornos de salud mental, se observa que, en 12 países sobre los cuales se cuenta con datos, las tasas de suicidio de las personas de 15 a 29 años son superiores a las de la población de 30 a 49 años. La brecha entre las personas jóvenes y las adultas es especialmente marcada en algunos países, como El Salvador, Nicaragua y el Paraguay. También destacan los casos de Guyana y Suriname, donde se observan las tasas de suicidio más altas de la región (CEPAL, 2021, p. 25).

e. Convivencia social y derechos

Las juventudes de América Latina y el Caribe enfrentan grandes desafíos que limitan su participación en la construcción de sociedades pacíficas, justas e inclusivas. Dichos desafíos están estrechamente vinculados con la situación en que se encuentran respecto al acceso a los derechos humanos y las libertades fundamentales, y al pleno ejercicio de estos. Estas desigualdades se refuerzan a nivel discursivo, por ejemplo, a través de la estigmatización, y en la interacción con otros actores, cada vez que las juventudes no son consideradas, consultadas ni incluidas en los procesos de toma de decisiones de sus comunidades. En este sentido, la participación está estrechamente vinculada con las dimensiones del desarrollo institucional y con la existencia de oportunidades para que sus voces puedan expresarse. En ese escenario no debe extrañar el descontento que crece con respecto a la democracia como régimen de gobierno, ni la desconfianza generalizada en las instituciones y el sistema de partidos. Estos factores están catalizando procesos de crisis en la gobernabilidad y la estabilidad política y social —e incluso económica— de la región (CEPAL, 2021, p. 11).

Según el Informe Latinobarómetro de 2018, el 71,3% de la población de entre 15 y 25 años de la región se siente insatisfecha con la situación de los asuntos públicos de su país, y un 70% considera que en su país hay una democracia que tiene desafíos. Según evidencia de la CEPAL, en promedio el 88,2% de las personas de 16 a 29 años de 18 países de América Latina piensa que su país es gobernado por unos cuantos grupos poderosos en su propio beneficio y no para el bien de todo el pueblo. Por otra parte, un 64% está muy de acuerdo o de acuerdo en que la democracia tiene problemas, pero es la mejor forma de gobierno: en 2009 esa cifra era un 76% en promedio, lo que significa que se redujo 12 puntos porcentuales en diez años (CEPAL, 2021, p. 12).

La confianza de las juventudes en las instituciones es clave para que se desarrolle la cultura política democrática y, por tanto, la sostenibilidad de las democracias, los derechos humanos y las libertades fundamentales en la región. (CEPAL, 2021, p. 12). Pero a nivel mundial se viven tiempos de grandes cambios. El acceso a los dispositivos digitales, la Internet y las redes sociales en general dinamiza los procesos políticos y presenta resultados ambivalentes. La posibilidad de acceder al conocimiento y de producirlo a través de nuevas plataformas virtuales ha amplificado la voz de las juventudes que tienen acceso a ellas, lo que ha potenciado una nueva ciudadanía digital. Pero también se observa que las redes son cajas de resonancia de intensas polarizaciones, violencia simbólica y desinformación (CEPAL, 2021, p. 12).

Nos encontramos en un momento histórico en que las juventudes latinoamericanas están cuestionando la gobernabilidad efectiva, es decir, la que crea oportunidades de inclusión y garantiza condiciones institucionales mínimas que aseguran el acceso a los derechos y los servicios, así como espacios de participación genuinos que promueven el desarrollo de las personas sin distinción de ningún tipo. En los últimos años las juventudes han adquirido un ojo crítico en lo que atañe al ejercicio de formas de poder y participación en las que no se sienten ni reconocidas ni representadas. Así, están impulsando nuevas formas de participación política y social en que también se cuestionan las perspectivas desde las que se comprenden y resuelven los principales desafíos de los países y la región (CEPAL, 2021, p. 12).

Cerca del 80% de los jóvenes de ALC visualizan en sus países tensiones importantes entre pobres y ricos. En segundo lugar, perciben con intensidad el conflicto entre la gente joven y la sociedad, que es mencionado por el 63% de las y los jóve-

nes de la región. Finalmente, más de la mitad de ellas y ellos perciben un entorno marcado por los conflictos entre hombres y mujeres (CEPAL, 2021, p. 78).

El conflicto entre ricos y pobres es el percibido con mayor frecuencia en todos los países, aunque con menor intensidad en Venezuela (República Bolivariana de), Uruguay y Paraguay. A su vez, en estos países, junto con Argentina y Chile, las y los jóvenes perciben con menor intensidad los conflictos de género. Por su parte, el conflicto entre la gente joven y la sociedad en que viven es identificado con una frecuencia mayor que el promedio de la región en países como Argentina, Chile, Colombia, Costa Rica, Guatemala, Nicaragua y República Dominicana (CEPAL, 2021, p. 78).

Respecto de en qué medida están garantizados en sus países los derechos civiles y políticos básicos, el 30% de las y los jóvenes de entre 16 y 29 años reconocen que la participación política está garantizada, pero sólo el 27% afirma que existe plena libertad de expresión (CEPAL, 2021, p. 80). Entre las y los jóvenes del grupo de 16 a 29 años, sólo el 8% percibe que el derecho a la seguridad social y a conseguir trabajo esté efectivamente garantizado en su país, lo que permite inferir que la mayoría de las juventudes no se percibe con titularidad plena de estos derechos sociales y económicos fundamentales. En Costa Rica, República Dominicana y Uruguay alrededor del 15% de las y los jóvenes tienen la percepción de contar con garantías para conseguir trabajo, mientras que, en Uruguay, Costa Rica y Colombia, solo cerca del 13% reconoce como una garantía el derecho a la seguridad social. Estos porcentajes son extraordinariamente bajos si se considera que se trata de derechos reconocidos como fundamentales para la construcción de la ciudadanía (CEPAL, 2021, p. 81).

Considerando este escenario, no es de extrañar que el porcentaje de quienes perciben que en sus países se garantiza la justa distribución de la riqueza y la igualdad de oportunidades sea sólo del 7% en el primer caso, e inferior al 25%, en el segundo. La percepción de que están garantizadas la igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres, y para todos independientemente del origen, es menor en Argentina, Chile, Ecuador y Perú. También en Brasil es baja la percepción de que la igualdad de oportunidades está garantizada para todos, lo que probablemente se asocia a las mayores desigualdades de tipo étnico y racial que se identifican en ese país (CEPAL, 2021, p. 82). Las personas jóvenes experimentan la desigualdad

de nuestras sociedades día a día, y por ello no sorprende que sientan que viven en una sociedad injusta. En este sentido, la percepción negativa que tienen sobre la distribución del ingreso en sus países es inequívoca: a nivel regional, casi 3 de cada 4 jóvenes expresan que la distribución del ingreso es injusta o muy injusta (CEPAL, 2021, p. 53).

Argentina, Bolivia, Brasil, Guatemala, Paraguay y Perú son países donde las y los jóvenes se perciben con mayor intensidad como parte de un grupo discriminado. Los resultados arrojan también diferencias notorias con respecto a la discriminación que afecta a grupos de población determinados, proveniente de los propios jóvenes. Por ejemplo, al consultar a los jóvenes por aquellos grupos de personas a quienes no les gustaría tener como vecinos, el 30% de mencionan a los y las homosexuales. A continuación, se señala a los inmigrantes (15%), indígenas (13%) y afrodescendientes (12%) (CEPAL, 2021, p. 83).

Las juventudes latinoamericanas y caribeñas se desenvuelven en sociedades marcadas por diversas manifestaciones de violencia que alteran sus posibilidades de inclusión, desarrollo y construcción colectiva que les permita transformar sus realidades. Esta violencia es herencia de procesos históricos como la colonización, la trata de personas esclavizadas, las guerras y los conflictos civiles, los gobiernos autoritarios y la cultura machista, todos ellos fenómenos en que la violencia se ha naturalizado como mecanismo para dominar y resolver diferencias (CEPAL, 2021, p. 55).

En la era digital, la violencia que afecta a las juventudes adquiere otras dimensiones. De acuerdo con los últimos datos de la Unión Internacional de Telecomunicaciones (UIT), cerca del 70% de las personas jóvenes del mundo tiene conexión a Internet, lo que representa un cuarto del número total de personas que utilizan dicha red (UIT, 2018). En las Américas, el 65,9% de las personas son usuarias de Internet, y el 88,4% de ellas son jóvenes de 15 a 24 años (OEA, 2018). Los entornos digitales son sin duda espacios para la violencia (sexteo, captación de niños con fines sexuales y ciberacoso, por ejemplo), pero, a su vez, son espacios de producción e intercambio de conocimientos, así como también de participación y empoderamiento juvenil (CEPAL, 2021, p. 55).

Finalmente, respecto de violencia de género en América Latina y el Caribe, los datos no son alentadores. Según la información oficial recopilada por el Observatorio

de Igualdad de Género de América Latina y el Caribe de la CEPAL, 4.551 mujeres fueron asesinadas por su condición de tales en 15 países de América Latina y 3 del Caribe en 2018. El feminicidio es el asesinato de la mujer por su condición de género y representa el final de una cadena o secuencia en que se conjugan diversas formas de violencia, que van desde ofensas, intimidaciones y amenazas, hasta llegar al acoso sexual, la violencia doméstica y la violación. La violencia no letal contra mujeres jóvenes por parte de una pareja es igual de preocupante. Los datos indican que en la mitad de los países respecto de los cuales hay información, las adolescentes de entre 15 y 19 años son las que más sufren este tipo de violencia. En este caso, una vez más, la intersección entre el género y otras dimensiones, como la condición étnico-racial o la situación de discapacidad puede aumentar las probabilidades de que una adolescente sea víctima de violencia (CEPAL, 2021, p. 40).

En el caso de las mujeres jóvenes, la violencia doméstica y de pareja puede culminar en feminicidio, a menudo vinculado a la violencia ejercida por parejas íntimas o familiares, el crimen organizado, la inseguridad ciudadana, la migración de mujeres en condiciones inseguras, y la discriminación estructural contra mujeres y niñas. ello, en la región de América Latina y el Caribe se encuentran 14 de los 25 países con mayor número de feminicidios del mundo (CEPAL, 2021, p. 57).

f. Juventudes en pandemia

Los efectos de la pandemia han puesto de relieve las debilidades de los sistemas de protección social, salud, educación y empleo. Se prevé que en América Latina y el Caribe habrá 45 millones de personas más en situación de pobreza, cifra que representará un 37% de la población de la región. En el caso de las juventudes, ese impacto se suma a los desafíos educacionales que han surgido debido al cierre de las escuelas y universidades: a principios de mayo de 2020, dichos cierres afectaban a más de 1 billón de estudiantes en todo el mundo, y a unos 165 millones en América Latina y el Caribe. Esto se suma además a las repercusiones sobre el empleo, que se expresan en los 34 millones de trabajadores que han perdido sus puestos de trabajo, gran parte de ellos mujeres y jóvenes (CEPAL, 2021, p. 9)

Según estimaciones del Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia, es posible que en América Latina y el Caribe más de 3 millones de niños, niñas y adolescentes nunca regresen a la escuela, y es probable que la matriculación en la educación primaria disminuya más de un 1,8%. De acuerdo con datos de la Organización

Internacional del Trabajo, en términos relativos en 2020 la ocupación disminuyó más entre las mujeres (5%) y entre los más jóvenes (8,7%). Además, la pandemia ha expuesto y agravado la situación de desigualdad que viven las mujeres jóvenes en diversas dimensiones, en particular la mayor precariedad e informalidad laboral, el limitado acceso a la protección social, el mayor riesgo de ser víctimas de violencia de género y el desbalance en cuanto a la carga del trabajo doméstico y de cuidados no remunerado (CEPAL, 2021, p. 10).

Las cifras relativas a la pobreza monetaria en la adolescencia y la juventud no son alentadoras. Tras la mejora sostenida que tuvo lugar durante la década de 1990 y los inicios del siglo XXI, a partir de 2015 el ritmo de disminución de la pobreza se enlenteció, y para 2018 ya se observó un aumento de esta en la juventud: ese año casi 1 de cada 3 personas de 15 a 24 años vivía en situación de pobreza monetaria. Vale mencionar que el nivel de pobreza y pobreza extrema entre las personas jóvenes del ámbito rural es marcadamente superior al de las del ámbito urbano. Se estima que, en 2020, producto de la crisis provocada por la pandemia de COVID-19, el número de personas en situación de pobreza habría aumentado en 209 millones, y que 78 millones de ellas estarían condenadas a la pobreza extrema (CEPAL, 2021, p. 16).

En definitiva, la pandemia de COVID-19 ha derivado rápidamente en una crisis económica sin precedentes que ha tenido un impacto devastador y desproporcionado sobre la población trabajadora joven. Según la OIT, el efecto negativo de la pandemia se triplicará en el caso de las personas jóvenes, porque esta no solo destruye sus empleos, sino que también interrumpe su educación y formación, y coloca grandes obstáculos en el camino de quienes buscan entrar en el mundo del trabajo o cambiar de empleo. También se prevé una precarización del trabajo de las personas jóvenes que empujará a muchos a la informalidad, en particular a quienes se encuentran en situación de vulnerabilidad, lo que puede alterar de forma permanente sus trayectorias laborales. En el caso de las personas jóvenes, casi toda la pérdida de empleo debida al COVID-19 se explica por el aumento de la inactividad y no de la desocupación: muchas personas jóvenes que estaban buscando trabajo dejaron de hacerlo, o las que estaban prontas a incorporarse al mercado laboral retrasaron esa decisión (CEPAL, 2021, p. 51)

Reflexiones finales

3



La juventud es una etapa crítica en la vida de las personas, en la que se han de tomar decisiones trascendentales en muchos ámbitos, especialmente en la educación y el trabajo. Por otro lado, como se ha visto en este artículo, es claro que el proceso de desarrollo e inclusión social juvenil trasciende el eje básico de educación y empleo, las dimensiones tradicionalmente más estudiadas. De acuerdo con García Canclini (2008), si antes los jóvenes se centraban en el trabajo, el estudio y el matrimonio, hoy intervienen nuevos procesos donde la conectividad y el consumo toman la posta. Así, hoy es fundamental tomar en cuenta diversas dimensiones sociales de las juventudes para una caracterización adecuada de sus imaginarios y rasgos, incorporando temas de afectividad, sexualidad y género, participación política tradicional y no tradicional, actividades sociales, desarrollo socioemocional, consumo cultural, uso de tecnología y redes sociales, violencia y discriminación, etc. Así, desde la sociedad y desde la Iglesia ya no solo debe preguntarse cómo se pueden acompañar de manera efectiva las trayectorias familiares, educativas y laborales de los jóvenes, sino también cómo incorporar los otros factores y dimensiones analizados y ayudar a construir un futuro mejor para las nuevas generaciones. Buscando contribuir a esa enorme tarea, en la sección anterior se ha ofrecido una revisión amplia de múltiples rasgos sociales que describen parte de la complejidad de las actuales culturas juveniles de la región. En este apartado final se ofrecen algunas reflexiones sobre la importancia de sostener un diálogo profundo con cada una de las realidades descritas, particularmente con aquellas que resultan más lejanas a la doctrina de la Iglesia, entrando en un diálogo intergeneracional profundo. Solo así se podrá avanzar en la dirección señalada por “Christus Vivit” esbozada al inicio de este artículo: reconocer plenamente que los jóvenes son portadores de una verdad valiosa y necesaria para la Iglesia, que en medio de ellos y ellas, insertos en la particularidad de sus culturas, podemos leer más proféticamente nuestra época y reconocer los signos de los tiempos; que ellos contribuyen a enriquecer lo que es la Iglesia y no solo lo que hace, que son presente y no sólo su futuro.

3.1 De la crisis de la transmisión cultural al diálogo intergeneracional

Actualmente parece más difícil encontrar en nuestros días juventudes que sientan y expresen orgullo o incluso gratitud hacia el legado del mundo adulto y/o de las generaciones mayores. Muy por el contrario; las nuevas generaciones tienden a responsabilizar a las más antiguas de heredarles un mundo en crisis. Lejos de sentirse en deuda con los avances conquistados por las generaciones pasadas, muchos jóvenes en América Latina y el Caribe experimentan que frente al legado político, social, económico y cultural que han recibido como producto del desarrollo histórico de la región, su misión es realizar un sistemático proceso de deconstrucción. Naturalmente, este fenómeno impone una enorme presión sobre las relaciones intergeneracionales en todos los países y conlleva el peligro de que estas relaciones se tornen antagónicas. En efecto, la creciente desconexión o falta de sintonía entre nuevas y antiguas generaciones puede sumirnos en una experiencia de discontinuidad en la transmisión de sentidos, una verdadera ruptura generacional. Para Brunner (2017), tal escenario se da cuando la generación adulta no tiene un legado que transmitir, no domina las nuevas tecnologías, sus ideologías parecen agotadas, su autoridad está en cuestión, su testimonio ha perdido legitimidad.

42

De acuerdo con Barbero (2002), los jóvenes pueden llegar a constituir hoy el punto de emergencia de una cultura “otra”, que rompe con el saber tradicional y la memoria de los ancianos, como referentes que ligaban los patrones de comportamiento de los jóvenes a los de padres. Al interpretar el cambio que culturalmente atraviesan los jóvenes como una potencial ruptura con la cultura previa, se pone de relieve la crisis de transmisión cultural: más que buscar su nicho entre las culturas ya legitimadas por los mayores, se radicaliza la experiencia de desanclaje de las juventudes latinoamericanas y caribeñas respecto de sus sociedades y culturas de origen.

Frente a la crisis de la transmisión cultural, es preciso distinguir los conflictos y tensiones que son propios y naturales del encuentro entre generaciones distintas, de la configuración de una dinámica de antagonismo intergeneracional. Es preciso señalar que la tensión intergeneracional no es solo un hecho natural, sino que es además necesaria para la renovación cultural. Si las nuevas generaciones no pro-

blematizaran los discursos y prácticas naturalizados por las generaciones previas, no existiría dinamismo histórico. Debemos reconocer, entonces, el rol positivo que juega el disentimiento entre generaciones en el cambio social. En ese sentido, lo que preocupa en nuestros días no es meramente la expresión de tensiones y conflictos entre jóvenes y adultos, sino una potencial configuración antagonica de sus legítimas diferencias, donde la afirmación de los unos implica la negación de los otros. En palabras de Morandé (2017), desde luego, nunca la transmisión de la cultura se ha realizado de modo pasivo, puesto que las circunstancias sociales, en continuo proceso de cambio histórico, obligan a una constante reinterpretación de las orientaciones recibidas de otras generaciones. De ahí que se haya considerado la tensión intergeneracional como una de las fuentes del dinamismo histórico. Sin embargo, las diferencias generacionales de hoy se han potenciado y profundizado. El peligro es, ciertamente, que antiguas y nuevas generaciones quedan separadas por un abismo de incomunicación y disonancia cultural.

La preocupación ante un emergente antagonismo intergeneracional no implica, como ideal correctivo, un intento por eliminar los conflictos o contradicciones entre culturas juveniles y mundo adulto. La pregunta es, en cambio, cómo sustentar estilos de convivencia intergeneracional que, de un lado, permitan a las nuevas generaciones desarrollar una actitud libre y crítica frente al patrimonio cultural recibido y, de otro, hagan posible la transmisión de la cultura, es decir, de la sabiduría y de la “memoria histórica”, de una generación a otra. La deconstrucción total del mundo adulto (así como su conservación inmutable) constituye una posición extrema y fantasiosa en relación con el proceso de transmisión y renovación de la cultura. Para que jóvenes y adultos puedan realmente colaborar en dicho proceso, es preciso combatir fuertemente los discursos y prácticas que promueven extremos que tienden al antagonismo intergeneracional.

El papa Francisco ha insistido en la necesidad del diálogo cotidiano para lograr mantener unidas a las nuevas y viejas generaciones, permitiendo un flujo continuo entre presente y pasado. El papa insta a las juventudes a que hablen con sus mayores y conozcan sus raíces culturales, no para encerrarse en ellas sino para tomar lo mejor y dar frutos. Complementariamente, a los mayores los ha llamado a cultivar una presencia que no acusa ni juzga, sino que escucha con una postura abierta. Sin estas condiciones esenciales no puede darse, en nuestra sociedad de América Latina y el Caribe, un aprendizaje mutuo, donde la memoria histórica de nuestra

región y la crítica social de las generaciones actuales se expongan mutuamente y se encuentren desde el respeto y la libertad.

Desde la Iglesia y la sociedad es preciso reconocer que buena parte de la herencia cultural que hemos traspasado a las juventudes, éstas las experimentan como un legado altamente ambiguo y contradictorio, en el que junto con los beneficios de la técnica se heredan también los riesgos manufacturados por el desarrollo; junto con el poder transformador, los escombros medioambientales; junto con los medios de autoridad, la falta de legitimidad o derechamente el abuso; junto con el crecimiento, la desigualdad. No debe sorprendernos que los jóvenes no sientan precisamente que han recibido una “tierra prometida”; incluso podrían sentir que heredan una “tierra baldía”, un mundo técnicamente más sofisticado, sobre todo para grupos privilegiados, pero donde muchos que han quedado en el camino sienten que el sentido de la vida parece esfumarse en el aire (Brunner, 2017). Frente a esta experiencia, es esencial que seamos capaces de realizar una justa valoración de la crítica juvenil, reconociendo y asumiendo las responsabilidades que nos competen por el mundo que les hemos heredado, con sus luces y sombras.

De lado de las generaciones más jóvenes, es esencial que en el seno de las diversas culturas juveniles pueda cultivarse una conciencia humilde de saber que la historia no comienza con ellas, evitando caer en la absolutización del presente. En relación con esto, el Papa nos recuerda que la existencia misma de la cultura depende de la construcción de una memoria en común y que ésta no puede existir sino a partir del acto de cada generación de retomar las enseñanzas de sus antecesores. Hay una necesidad básica de saberse deudor del pasado que no podemos eludir. En palabras de Morandé (2017), si los pueblos pierden esa referencia esencial a la tradición sapiencial que los ha constituido, debilitan la solidaridad intergeneracional que los sostiene.

No cabe duda de que el diálogo intergeneracional se da en un contexto desafiante y complejo. Ciertamente a la sociedad y especialmente a la Iglesia le resulta difícil discernir con apertura acerca de muchas de las realidades juveniles actuales. Inclusive, al día de hoy, existen imaginarios y rasgos juveniles que una parte importante de la Iglesia parece derechamente no querer enfrentar, asociados por ejemplo a la diversidad sexual y el movimiento feminista, entre otros. No es preciso “ser joven” para reconocer lo mucho que falta por avanzar en el diálogo sobre estas realidades de gran relevancia para las culturas juveniles actuales. Para acoger estas realidades,

la misma reflexión sinodal de la que emana “Christus Vivit” nuevamente nos ilumina. De acuerdo con la exhortación, es preciso aprender de los propios jóvenes, que “son portadores de una apertura espontánea hacia la diversidad, lo que los hace atentos a los temas de paz, inclusión y diálogo entre culturas y religiones (45)” reconociendo que “saben cómo ser pioneros del encuentro y el diálogo” (ídem). Solo así podemos actuar en coherencia con la convicción de que “el dinamismo juvenil es una energía renovadora (...), porque ayuda a sacudir la pesadez y la lentitud para abrirse al Resucitado” (ídem).

**Reflexión
teológico pastoral**

4



Entre la desigualdad y la exclusión, una iglesia joven para los jóvenes.

Pluralidad, multiplicidad, diversidad

Jorge Blake presenta un texto con abundante información estadística, análisis de datos y varias intuiciones sobre el papel de las instituciones educativas y religiosas, particularmente la Iglesia, para seguir pensando. Sobre todo, porque la sociedad y las juventudes cambiaron considerablemente y los temas y problemas que los afectan e interesan son diferentes; ya que “si antes los jóvenes se centraban en el trabajo, el estudio y el matrimonio, hoy intervienen nuevos procesos donde la conectividad y el consumo toman la posta”.

Los rasgos de las culturas juveniles en América latina y el Caribe están marcados por la pobreza y la desigualdad, las oportunidades educativas, acceso, terminalidad de la educación y alfabetización digital; la disparidad de acceso al mercado de trabajo de jóvenes y mujeres, especialmente del trabajo remunerado, acentuando la vulnerabilidad social y la pobreza; el acceso a la salud, maternidad temprana (pobreza y baja escolarización) y la mortalidad juvenil por causas externas (violencia, accidentes); acceso a derechos civiles, participación ciudadana y alteración del orden político; los efectos devastadores de la pandemia en protección social, salud, educación y empleo en las juventudes. Blake muestra el impacto en las juventudes: “es indudable que el clima de malestar social, la falta de legitimidad política y la inestabilidad democrática afectan fuertemente variables estructurales como el empleo y el crecimiento, así como variables subjetivas como los intereses y motivaciones, transformando así las trayectorias y culturas juveniles”.

Las juventudes en América Latina y el Caribe, además de tener que enfrentar las “estructura de oportunidades profundamente desigual y excluyente” tienen que “lidar, asimismo, con ideas preconcebidas que confinan a la juventud a identidades estáticas a las que deben responder, así como a espacios predefinidos en los que se les permite participar” afirma Blake. Por esta razón, debemos construir una acción eclesial capaz de comprometerse con toda la complejidad de la realidad y no solamente con aquellos aspectos sobre los que todavía queda algo por defender. Con razón

expresa el autor, “parece más difícil encontrar en nuestros días juventudes que sientan y expresen orgullo o incluso gratitud hacia el legado del mundo adulto y/o de las generaciones mayores. Muy por el contrario; las nuevas generaciones tienden a responsabilizar a las más antiguas de heredarles un mundo en crisis”. Sobre todo, porque la pluralidad del mundo juvenil es “catalogado” por la generación adulta de manera negativa. Pero, esos rótulos son transformados en “emblema”, al decir de Reguillo, “mediante complejas operaciones cognitivas y simbólicas, los estigmas sociales que sobre ellos pesaban en emblemas identitarios” (Rossanna, 2000). Rebeldías, insatisfacciones sociales, revueltas juveniles muestran ese desencanto con el legado adulto y dificultan el diálogo y la transmisión intergeneracional.

Una iglesia joven para los jóvenes

Las juventudes siempre estuvieron a la vanguardia en los procesos participativos en la sociedad y contribuyeron a la ampliación de los márgenes de la acción pastoral en la iglesia. En diversos países latinoamericanos las juventudes se caracterizaron por la vivencia ordinaria de la participación, aunque se trató de una participación democrática informal, que no logró formalizar los procesos participativos. Lo mismo ocurrió y ocurre en la comunidad eclesial, con matices locales. La ausencia de los jóvenes en los lugares decisionales relegó la participación a cuestiones secundarias en el marco de una visión clerical de la vocación y la misión eclesial. Los adultos proyectaron sus temores en la construcción del “otro” joven y configuraron modelos de madurez, experiencia, responsabilidad e incluso de santidad, para conjurar la experiencia juvenil.

La cultura fuertemente clerical quizá sea apta para el gobierno de la estructura eclesial pero no parece apropiada para hacer frente a los cambios y leer la complejidad de la realidad. Con un fuerte convencimiento, el autor del informe (Jorge Blake) afirma que sin “esta base de conocimientos amplia acerca de los fenómenos culturales, políticos, económicos, afectivo-sexuales y religiosos que inciden sobre la realidad juvenil, no será posible ‘leer más proféticamente nuestra época y reconocer los signos de los tiempos’ o reconocer que los jóvenes son portadores de una verdad valiosa y necesaria para la Iglesia”. Efectivamente, estos aspectos configuraron una representación social y ciertos imaginarios que gravitan fuertemente al momento de pensar nuevos modos de participación (sinodalidad) y dar pasos rele-

vantes en la conversión personal, comunitaria y estructural. Tenía razón Baricco cuando comentaba que “protegidos por las cosas que hay que salvar, reposamos, depositamos los huevos y aquietamos los tiempos futuros, posponiendo todo lo posible el próximo ataque de hambre que nos empujará fuera de las guaridas” (Baricco, 2019). Salir de la guarida, exponerse a las mutaciones de la era digital y los desafíos de las subjetividades juveniles, pensar la novedad histórica y asumir los desafíos de Sinodalizar la asamblea y los procesos decisionales, es una invitación a asumir la inutilidad de aferrarse a tiempo, espacios y estructuras que en lugar de posibilitarla, la impiden.

Papa Francisco dijo claramente en una entrevista con uno de sus biógrafos, Austen Ivereigh: “Mi preocupación como Papa ha sido promover este tipo de desbordes dentro de la Iglesia, reavivando la antigua práctica de la sinodalidad. Mi deseo fue dar vida a este antiquísimo proceso, no solo por el bien de la Iglesia, sino como un servicio a la humanidad, a menudo trabada en desacuerdos paralizantes” (Papa Francisco, 2020). Los jóvenes son los sujetos privilegiados para intentar experiencias donde los “desbordes” de sinodalidad puedan convertirse en nuevas figuras históricas de una configuración eclesial policéntrica. Pero para ello es urgente que la Iglesia salga al “encuentro de las juventudes, no desde la doctrina, sino a través de un diálogo profundo que sea capaz de valorar sus propias vivencias y contextos”, afirma Blake.

Los jóvenes marcan el ritmo de las transformaciones socioculturales, son los sujetos principales de las mutaciones que se están produciendo, aunque también sean ellos mismos los que padecen los problemas de empleo, salud, educación, exclusión social y desigualdad de oportunidades. “Ustedes son los que tienen el futuro. Por ustedes entra el futuro en el mundo.” (Papa Francisco, 2013) ¿Entrará por medio de las juventudes el futuro en la iglesia? Si no hay intentos decididos por sinodalizar la participación juvenil en la estructura eclesial, las juventudes se encontraran con más frecuencia en las calles y en las redes. Pero no en las comunidades eclesiales donde el ciclo vital consagrado es la infancia (la edad de la inocencia y la docilidad) y la ancianidad (el lugar de la sabiduría y de la experiencia autentica) en la que los parámetros adultos y clericales ubican a los jóvenes en el lugar de la “rebeldía” y como destinatarios de la acción pastoral.

Además de una iglesia en salida y para los pobres, la iglesia del futuro también será una iglesia “joven para los jóvenes”, parafraseando la expresión de Papa Francisco dicha en relación a los pobres. La iglesia del futuro será la iglesia donde los jóvenes ocupen un lugar destacado, pero el futuro no puede ser demorado indefinidamente porque los jóvenes ya se habrán vuelto viejos. El futuro debe irse construyendo en el presente eclesial actual.

Jóvenes y formas de la expresión de la fe

Los y las jóvenes son creyentes, pero no al modo en que creen los adultos. Ellos y ellas tienen pocas dificultades para integrar a sus explicaciones racionales la lógica de los afectos y de los sentimientos. Asunto difícil para los adultos. Nos encontramos ante una modalidad de la experiencia religiosa en la que lo sagrado aparece inmediatamente (sin la mediación institucional) donde la experiencia subjetiva combina, integra, retroalimenta y produce nuevos significados, rituales y espacios.

Jorge Traslosheros, investigador del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, afirmó que los jóvenes “sí creen en Dios, pero no se identifica con ninguna religión, no es ajeno, pero no están dispuestos a afiliarse a ninguna religión” (Riviera, 2018). En la Encuesta Nacional sobre Creencias y Prácticas religiosas en México de 2016 mostraba que el 41,8% admiten ser creyentes por tradición, 28,3% se reconocen como creyentes por convicción, 5,3 % creyentes practicantes y el 17,9% creyentes a su manera, entre otras variables. Y entre los motivos de la desafiliación institucional indicados en el misma Encuesta aparecen la decepción e insatisfacción con su iglesia, entre otras razones (RIFREM, 2016). Pero la desafectación subjetiva no ocurre solamente entre los jóvenes mexicanos. Los jóvenes colombianos “están convencidos de que para tener ese acercamiento con Dios no son necesarias las iglesias porque se puede tener comunicación con él en todo momento...” (Goyes Morán, 2015). La Segunda Encuesta Nacional de Creencias y Actitudes Religiosas en Argentina releva que las personas de 65 años y más se identifican en mayor medida con el catolicismo (81,5%) mientras que entre los jóvenes de 18 a 29 años los que adscriben al catolicismo representan sólo el 52,5% y crecen las opciones evangélicas (24,7%) y sin religión (19,9%) (Mallimaci, Giménez, Esquivel e Irrazábal, 2019). Además de estos aspectos, Jorge Blake enuncia algunas razones de esta situación de las juventudes ante las instituciones al expresar que, además

del cambio generacional y epocal, debemos considerar “un orden social marcado por la migración constante, el mundo globalizado, la crisis medioambiental, las tecnologías de comunicación, el desencanto político y el desgaste de los discursos dominantes, sumado a la profunda crisis estructural de algunas instituciones como la Iglesia y los partidos políticos.”

¿Por qué validar la experiencia religiosa juvenil desde parámetros institucionales? Una tradición religiosa planteada de manera institucional que ordenaba la vida cotidiana en todos sus órdenes ya no tiene influjo en muchos jóvenes, salvo en aquellos “practicantes” y “conversos” que requieren una confirmación de sus creencias en certezas institucionalizadas. Hoy los jóvenes reinscriben lo religioso, la trascendencia y lo sagrado en nuevas texturas de sociabilidad y de espacios con mínimos de prescripción y máximos de autonomía. Lo permitido, lo prohibido; la bondad y la verdad; el encuentro con lo sagrado (una persona, el cosmos o la tierra) y la salvación adquieren formas inverosímiles, reinsertándolas en su experiencia personal o social de manera diferente a aquellas conocidas por los adultos. Las formas que asumen las creencias ya no están asociadas a una manera particular de institución religiosa, ritualidades y moralidades. En los estilos de creer de los jóvenes no se encuentran linealidades; parece más un camino sinuoso, de sumatoria de múltiples ideas, prácticas y utopías que construyen una experiencia espiritual en movimiento. La base del creer no es lo probado, lo conocido y ya practicado; lo sedimentado y consolidado en doctrinas verificadas, sino nuevos espacios, otras sensaciones, nuevas ritualidades más acordes a sus códigos y estéticas juveniles. Se trata de una espiritualidad diferente que no responde a una religión particular estática sino en movimiento que les permite encontrar sentido a la vida fuera del espacio socializado por las instituciones religiosas tradicionales. Son creyentes errantes que buscan la trascendencia sin establecerse en un lugar, adhieren a estilos de la sociabilidad religiosa que no los constriñen, asumen valores y prácticas que no prescriban moralidades a practicar (Fresia, 2016).

En el marco del campo religioso, las creencias, la adscripción institucional y las prácticas juveniles muestran la proliferación del fenómeno religioso y una auto-percepción cultural de cierta mutación de época que prescinde de las mediaciones institucionales. El desencanto de las juventudes errantes (creyentes, al fin y al cabo) no es con Dios sino con las instituciones religiosas, cualquiera sea la filiación. El autor del informe sugiere que para “comprender qué pasa con los jóvenes de

hoy, más que pedirles o juzgarlos por aquello que hacen o no hacen respecto de los jóvenes de generaciones anteriores, la tarea es comprenderlos en su relación con la situación histórica y social que les toca vivir”. Los jóvenes como creyentes errantes ponen de manifiesto una manera de creer, modos de la identidad religiosa, una mística y maneras del compromiso que ofrece elementos para replantear las formas de estar y pertenecer a una determinada comunidad donde compartir las experiencias de fe.

Los jóvenes son un lugar teológico, Dios se manifiesta por su mediación, como lo afirma el Documento final del Sínodo sobre “Juventud, fe y el discernimiento vocacional” (n° 64). Una comunidad eclesial que asume la lógica de la encarnación cree en los jóvenes. Porque ahí se refleja la figura histórica transfigurada de Jesús. Así como Dios asumió la condición humana, la Iglesia tiene que asumir a los jóvenes tal como se manifiestan en los procesos históricos (signos del tiempo y de los tiempos). Al considerar la encarnación, la Iglesia asume que los jóvenes son el presente -quizá incierto, pero valioso- y el futuro como una oportunidad para soñar y madurar una “iglesia joven para los jóvenes”. Creer en los jóvenes, aun con las ambigüedades de su manifestación, abre a nuevas experiencias de aprendizaje social y eclesial, por la riqueza que representan, porque aportan un saber y una expertise que los adultos no poseen y porque pueden suscitar acciones renovadas en el empeño por dar rostro y palabra al Dios de Jesús para las juventudes de esta época.

Quizá, la Iglesia tenga que encontrar otras formas para ver a las juventudes, sus modos de acción, sus creencias y espiritualidades, sus dificultades por conseguir trabajo, ingresar a la escuela o acceder a los servicios de salud; sus logros y conquistas, sus valores y las configuraciones que adquiere el compromiso social y religioso. Salir de posturas pesimistas y estigmatizadoras de la cultura juvenil, sus códigos, lenguajes y sus maneras de practicar la fe es un camino impostergable a emprender. Solo así podemos actuar en coherencia con la convicción de que -afirma Blake citando las conclusiones del Sínodo de 2018- “el dinamismo juvenil es una energía renovadora (...), porque ayuda a sacudir la pesadez y la lentitud para abrirse al Resucitado” (Documento final y votos del Documento final del Sínodo de los Obispos al Santo Padre Francisco, 2018).

**Referencias
bibliográficas**

5

- Barbero, J. M. (2002). Jóvenes: comunicación e identidad. *Pensar Iberoamérica*, 6.
- Baricco, A. (2019). *The game*, Barcelona: Anagrama, p.15.
- Benedit, R. (2004). La modernización de la juventud y modelos de políticas de juventud en Europa. *Construcción de Políticas de Juventud: análisis y perspectivas*, 15.
- BID. (2018). Novella, R., Repetto, A., Robino, C., & Rucci, G. (Eds.). *Millennials en América Latina y el Caribe: ¿trabajar o estudiar?*. Inter-American Development Bank.
- Biehl, A., & Velasco, P. (2017). *Pedro Morandé: Textos sociológicos escogidos*. Ediciones UC.
- Bourdieu, P. (1990). La juventud no es más que una palabra. *Sociología y cultura*, 7(2), 163-173.
- Brunner, J. J. (2017). Juventud Chilena: Cultura de Masa, Minorías Activas y Tensiones de Época. *Estudios Públicos*, (148).
- Canclini, N. G. (2008). Los jóvenes no se ven como el futuro: ¿serán el presente?. *Pensamiento iberoamericano*, (3), 3-16.
- CEPAL (2011). *Informe regional de población en América Latina y el Caribe 2011: invertir en juventud*. Santiago: Naciones Unidas.
- CEPAL. (2021). Grupo de trabajo sobre juventud de la Plataforma de Colaboración Regional para América Latina y el Caribe, “*Las juventudes latinoamericanas y caribeñas y la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible: una mirada desde el sistema de las Naciones Unidas*”. Santiago: Naciones Unidas.
- Documento final y votos del Documento final del Sínodo de los Obispos al Santo Padre Francisco (2018), Bollettino Sala Stampa della Santa Sede, n° 66.
- Erikson, E. (1966). *Eight ages of man*. *Klassiekers van de kinder-en jeugdpsychiatrie II*, 258.
- Fresia, Iván A. *Jóvenes errantes y declive de la pastoral. Hacia nuevas perspectivas de pastoral con jóvenes*, Buenos Aires: Stella, 2016.
- González, Y. & Feixa, C. (2013). El nacimiento de la juventud: Hacia una historicidad transcultural. En *González, Y. y Feixa, Carles (eds.) La Construcción Histórica de la Juventud en América Latina. Bohemios, Rockanroleros & Revolucionarios*, Santiago: Cuartopropio, p. 19-72.

- Goyes Morán A. (ed) *¿Qué piensan, que quieren y esperan los jóvenes de hoy? Investigaciones sobre las creencias de los estudiantes de colegios oficiales de Bogotá*, Universidad La Salle, Bogotá 2015, p. 146.
- Mallimaci, F.; Giménez Béliveau, V.; Esquivel, J.C. & Irrazábal, G, *Sociedad y religión en movimiento. Segunda Encuesta Nacional de Creencias y Actitudes Religiosas en Argentina*. Informe de Investigación, no 25. Buenos Aires: CEIL-CONICET, 2019, p. 12.
- Molina-Chávez, W. M. & Álvarez-Valdés, C. (2017). Imaginarios sociales sobre lo juvenil en el Chile contemporáneo. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 15(1), pp. 85-100.
- Morandé, P. (2019). Discurso de recepción del grado honorífico Doctor Scientiae et Honoris Causa UC.
- Papa Francisco (2013). Discurso en la Vigilia de la XXVIII Jornada Mundial de la Juventud en Rio de Janeiro. Incluido en *Christus Vivit* 174.
- Papa Francisco (2019). *Christus Vivit*. XV Asamblea General Ordinaria del sínodo de los obispos.
- Papa Francisco (2020). *Soñemos juntos. El camino a un futuro mejor. Conversaciones con Austen Ivereigh*, Buenos Aires: Penguin Random House, p 84.
- Red de Investigadores del Fenómeno Religioso en México (RIFREM) (2019). *Encuesta Nacional sobre Creencias y Prácticas religiosas en México*, p 19 y 27.
- Reguillo, R. (2003). Las culturas juveniles: un campo de estudio; breve agenda para la discusión. *Revista Brasileira de educacao*, (23), p. 103-118.
- Rivera, A. (1 de abril 2018). “Jóvenes mexicanos no se identifican con religiones”, en: *El Universal*, [Consulta <https://www.eluniversal.com.mx/mundo/jovenes-mexicanos-no-se-identifican-con-religiones>]
- Rossanna R., *Emergencia de las culturas juveniles. Estrategias del desencanto*, Bogotá: Norma, 2000, p. 66, 80 y 125.
- Urresti, M. (2000). *Paradigmas de participación juvenil: un balance histórico. La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo*, 15(26), p.177-206.